

BUEN HUMOR



Dib. K-HITO. — Madrid.

- Me va usted a hacer el favor de repetir aquí lo que decía antes en el Casino.
- Sí, señor. Que usted es un canalla, un sinvergüenza y un miserable.
- ¡Ah! Perdone. Creí que me había dicho antipático.

Tenemos en preparación para el **domingo 31 de diciembre** un número

Almanaque de BUEN HUMOR para 1923.

Constará de cuarenta y ocho páginas como mínimo, con portada en color, por *Sileno*; planas en papel *couché* con tricromías de Tovar, Barbero, Ribas, *K-Hito* y Fresno. Originales literarios de Abril, Asenjo y Torres del Álamo, Bonnat, Bueno, Cuenca, Casero, Francés, García Sanchiz, Gómez de la Serna, López-Montenegro, López Rubio, Laserna, Luque, Mayral, Plañiol, Polo, Ramos de Castro, Serrano Anguita, Zúñiga, etc., e ilustraciones de Antequera Azpiri, Barradas, Demetrio, Garrido, Jubera, *Karikato*, López Rubio, Márquez, *Raf*, Ramírez, *Tono*, Téllez, etc.

En breve publicaremos el sumario completo de este número, ordinario en nuestra colección, pero extraordinario por su importancia e interés, que se pondrá a la venta al precio de

UNA PESETA

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro concurso permanente.

Como ya hemos dicho repetidas veces, para tomar parte en este concurso es condición indispensable que cada envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón, y precisamente firmado por el remitente, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado.

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

Un aspirante a Correos, que está más ducho en foot-ball que en Geografía postal, comparece ante el Tribunal.

— ¿Qué tiene usted que decirnos referente a Zamora?

— Pues que es el portero mejor de España.

JAIME ALEMANY. — Ceuta.

— ¿En qué nación se goza fama de listo, aun siendo el mayor ignorante?

— En Cuba, porque se oye decir: «¡Vaya un ingenio que tiene ese hombre!»

MANUEL MARTÍN.

— ¿Qué hace ahora tu marido?

— ¡Qué ha de hacer!... Como no hay trabajo en el Ayuntamiento, ni en los caminos, ni en ninguna parte, ha tomado su determinación, y va..., y coge, y ¡zas!

— ¿Se ha metido a concejal?

— ¡Ca, hijal... El pobre se ha comprado una guitarra, y se ha metido a ciego.

MANUEL SOTO. — Madrid.

— ¿Qué me receta usted, doctor, para un dolor que se me ha puesto en el cuello desde que hablo por señas con mi novia, que vive en un quinto piso?

— Póngase un parche por-oso.

JOSÉ BELTRÁN. — Melilla.

Entre naturalistas.

— Creo que, no obstante el frío, debemos salir en busca de la nueva especie de mosca.

— ¡Ca, hombre!... Debemos quedarnos aquí disfrutando de la estufa, ya que mosca-lienta.

X. Y. Z. — Xauen.

— ¿Cuál es el colmo de un fabricante de embutidos?

— Darse porrazos en la cabeza y decir: Sal...-chichón, sal...-chichón.

ZAPATERO REMENDÓN. — Madrid.

— Hace tres días me pidió usted limosna diciéndome que era ciego.

— Y lo era; sólo que cometí la burrada de casarme, y esto me ha abierto los ojos.

ONITOA Y SELAIBUR. — Sevilla.

— Un extranjero imitador de aves viene por primera vez a España. Como no sabe español, ¿qué ave imitará para que el cochero le conduzca al Palace Hotel?

— La codorniz, porque pal-Palás, pal-Palás.

KEMAL ÁNGEL. — Madrid.

Autores chistoflorum malignos.

El premio del número anterior ha correspondido a **Santiago Santacréu, de Madrid.**

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

B A S E S para nuestro concurso de noviembre.

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios serán:

1.º **Un billete de lotería** para el último sorteo del próximo enero.

2.º **Medio billete de lotería** para el mismo sorteo que el anterior.

3.º **Suscripción gratis por un semestre** a BUEN HUMOR.

Segunda. Si varios de los concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitirsenos reunidas, al mismo tiempo, antes del día 15 de diciembre, haciendo el envío a la mano a nuestra Redacción, o por correo, precisamente a nuestro apartado número 12.142.

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones correspondientes al mes de noviembre, insertos en

esta página. A los *suscriptores* de BUEN HUMOR les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En nuestro número correspondiente al día 24 de diciembre se publicarán todas las soluciones, los nombres y domicilios de los concursantes que las envíen completamente exactas y los de aquellos que resulten agraciados con los premios.

Sexta. Los premios deben recogerse en nuestra Administración cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde, previa la presentación de un recibo extendido con la misma letra que se haya empleado al escribir las soluciones enviadas.

19. — Personaje contemplativo.

LUNA
POLO CERO 10000

20. — De la cola.

NUL DEL ENTIERRO P

CUPÓN
correspondiente al número 52
de
BUEN HUMOR
que deberá acompañar a todo
trabajo que se nos remita para
el Concurso permanente de
chistes o como colaboración
espontánea.

21. — Oficio del tiempo.

— Con *prima-dos prima-dos-tres-cuatro* no *prima-dos-cuatro*, hija mía.

— ¡Eso es! ¡Y luego *dos cuarta-prima* las uñas de frío!

— No esperes que *dos tres-dos* en esa maniobra. ¡A friolera me ganas! Siempre estás: «¡Llévame al cine, mamá!»

22. — Un hueso.

PARA BLANQUEAR
100 A
B E A T O

23. — En las aves. (Algunas señoras también la enseñan.)

— ¿Por qué le *prima-tres* tu madre al niño?

— Porque no le gusta que *dos-prima*.

— ¡Pobre criatura! ¡Bien podía ella no estarle enseñando la *una-dos-tres*!

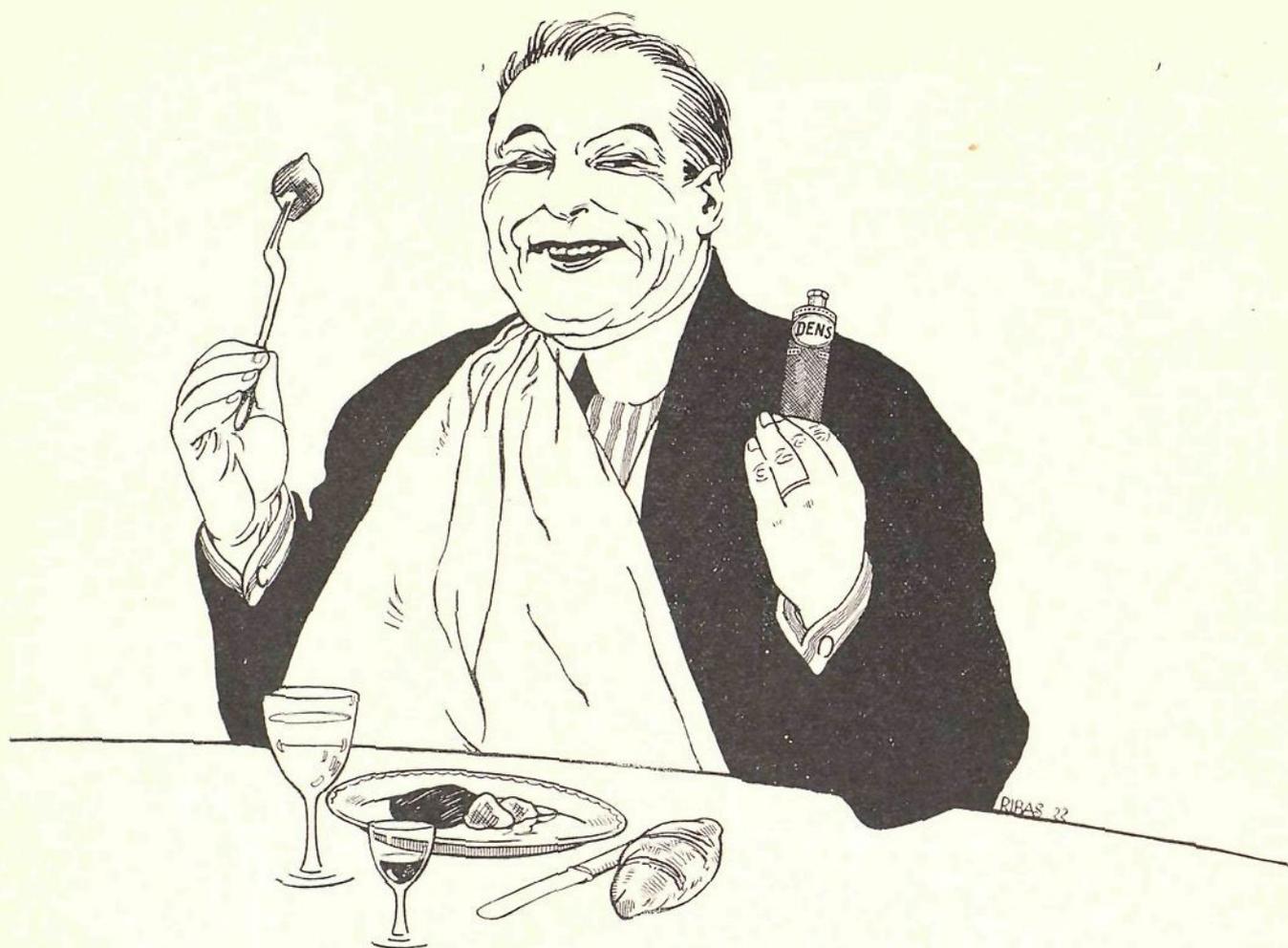
24. — Carta de cumplido.

UN PÁJARO
C D

25. — Comedia.

CUL CIERVA TO

CUPÓN NÚM. 4
que deberá acompañar a toda
solución que se nos remita con
destino a nuestro CONCURSO
DE PASATIEMPOS del
mes de noviembre.



Conserve usted sus dientes
y conservará su estómago.
LA PASTA DENS

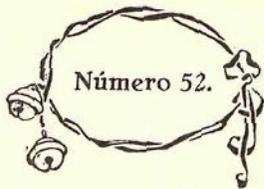
*usada á diario, mantendrá su dentadura en perfecto estado, y su boca estará
siempre sana y perfumada.*

TUBO 1 50

En todas las Farmacias, Droguerías y Perfumerías de España.

PERFUMERIA GAL

MADRID



BUEN HUMOR

SEMANARIO SATIRICO

Madrid, 26 de noviembre de 1922.



LOS PERIÓDICOS DE LAS COSAS



L revisar, ¡oh amables días!, la marea de algunos lectores, se Prensa uno completamente; y si no pierde uno el milagro, es por un seso de la Divina Providencia

Ayer cogí un mareo de la vista, pasé la noche por él, y, ras cándome la puerta, me quedé tan paleta como un absorto en medio de la barba del Sol.

¡Válgame la Virgen de las materias y qué diversidad de Angustias!... En fin, me bastó leer la segunda cabeza para perder la planz.

En ella se ve, firmado por un tal artículo Rojo, un Canuto político muy largo (más de 200 líneas), con sabrosos padres acerca de algunos comentarios de la sal, redactados, por cierto, con una patria demasiado gorda.

A continuación publica el periódico un matadero lleno de frases porcuras acerca de las reses ingeniosas que se sacrifican en el nuevo artículo, cuya inauguración total coincidirá con el primer tataranieto de mi bautizo. Y no será porque antes de ser degollados los primeros concejales no hayan visitado el local más de cuatro cerdos.

Una columna de toros, muy revista, ocupa toda la cómica segunda. De ella se deduce que ya no hay más que diestros de cuatro hierbas y toros que, cuando manejan el tango rojo, se bailan un trapito, y a la hora de matar a la familia se acuerdan de la fiera que han dejado en casa.

Después nos da el revistero una ligera cornada de la noticia que el hígado recibió en mitad del *Cuco* al ir a prender los clarines cuando habían sonado ya las banderillas para matar al presidente por indicación del toro.

En otro moro del diario se trata de nuestra guerra con el punto bajo; se le da cuenta a Alhucemas de los últimos ataques dados al Peñón del curioso lector; de los pelos arrancados al enemigo con

todos sus cañones y señales, y de la desgracia del coronel Chumbera, que murió encima de una mora con el polvo hecho corazón a causa de la lágrima de un máuser. (¡Derramemos una bala por él!)

Más adelante, en la señorita tercera, leo el efectuado matrimonio de una linda columna con cierto pundonoroso señor arcipreste, cuya unión en lazo de Caballería bendijo un capitán indisoluble, saliendo los novios para los baños de luna, en donde pasarán la Cestona de miel. (El revistero, amigo del novio, se la desea muy larga.)

En la caricatura más plana de la baja se ve una pequeña parte de Millán de puño, con el Priego levantado sobre Ossorio y papilla, porque éste, en la Segovia de una conferencia, le había convertido en Gallardo.

Luego dedica numerosos teatros a los elegantes sueltos que funcionan en Madrid, y publica provincias encomiásticas sobre las líneas que trabajan por compañías.

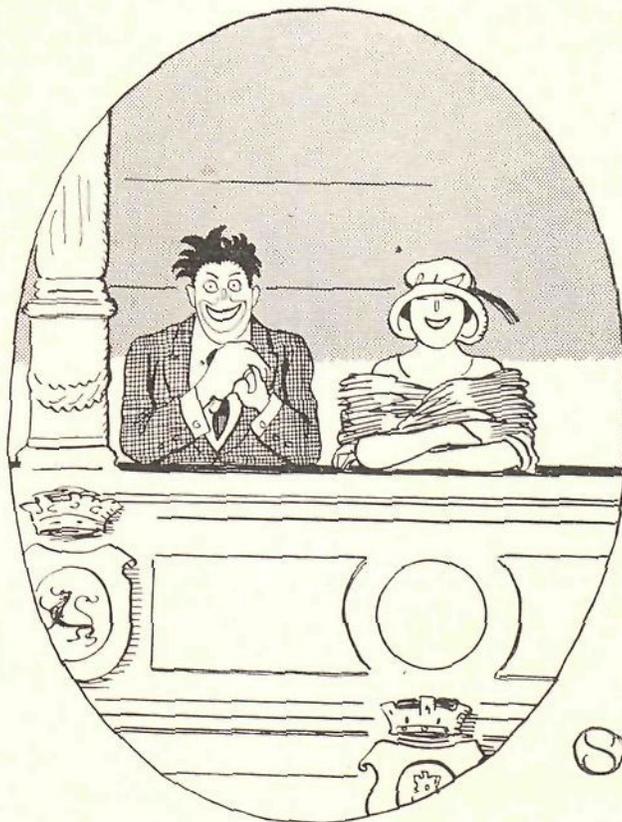
Emite un estreno muy severo acerca del juicio de Lara, y después inserta lectores de contaduría para que los sueltos se enteren de que hacen *Don Juan se aburre por la tarde*, *Mercedes se divierte por la noche*, *El arco de mi marido*, *El príncipe de Madrid*, *El conflicto de oro*, *Agapito Larrea*, *Tenorio Lamata*, *¡Es mucho paraíso!*, *El apuro del niño iris*, *El mundo cerrado*, *Las vueltas que da Pura la Postinera*, *Paloma se casa*, *El pavo de Medina*, *Las cumbres del Real*, *El madrigal del burlador*, *Los minutos del tambor* y *¡Faltan cinco granaderos!*

Lo que no falta en la quinta de las emociones es una sección de lectores espeluznantes, para los sucesos aficionados a las columnas fuertes. Allí se consigna el suicidio de un pajar, el incendio de un jugador, el rapto de un tren de mercancías, el descarrilamiento de una joven, el robo en casa de un autobús, el choque de un canónigo con un carro de buena familia, la riña de Tres Peces en la calle de los dos golfos, la caída de un cangrejo desde la parte trasera del marqués de Villachucha, y las catorce tripas que dió a su novio una Encomienda de la calle de la modista, sacándole las puñaladas y dejándole pobre al muerto.

Y termina la defunción con la papeleta de la última plana de un infeliz señor, según la cual, su afligida Red invita a sus amigos a la esposa del cadáver, desde la conducción de San Luis hasta el Justo de San cementerio, con el aditamento de «Se suplica la esquela» y «No se reparten coches».

¡Ahora, díganme los ojos de estas líneas si no están expuestos a perder el periódico, después de pasar el seso por los lectores!...

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.



Dib. SILENO. — Madrid.

LA POLÍTICA PINTORESCA

EL HOMBRE QUE LO CONSIGUE TODO

Nosotros no nos habituamos a llamar al gobernador de Madrid marqués de Selva Alegre. El simpático personaje es y será siempre, para cuantos le conocimos en tiempos pasados, Eloy Bullón, el simpático y pintoresco Eloy Bullón, que lo mismo pretendía transformar de modo definitivo la instrucción primaria en España desde la Dirección General de Enseñanza, que asombraba y divertía a los caballeros del Congreso concediendo la «balparda» al señor «Palabra».

Ahora, cada vez que leemos en algún periódico que el marqués de Selva Alegre ha asistido a tal fiesta o a cual ceremonia, no podemos contener un gesto de rabia y un movimiento de protesta. Con ese título no se puede ir a ninguna parte, y hace muy mal D. Eloy utilizándolo, a no ser que piense renunciar a futuras glorias políticas. ¡Fijese, fijese el Sr. Bullón en D. Martín Rosales, que desde que dejó de llamarse así para ser duque de Almodóvar del Valle, perdió toda su personalidad, todo cuanto le caracterizaba en la vida pública, incluso aquel cabello brillantísimo y reteplanchado y aquellas magníficas barbas de crepé, que no podían compararse con nadal...

Aunque, después de todo, es muy po-

sible que D. Eloy Bullón no haya vacilado en adoptar el título de marqués de Selva Alegre, convencido de que don Francisco Bergamín acertó en una profecía que hizo una tarde, ante los periodistas que suelen acudir al Congreso. Rodeaban éstos a D. Paco, que había dado suelta al chorro caudaloso de su ingenio, cuando pasó por allí el señor Bullón, quien, naturalmente, creyóse obligado a saludar al ilustre político malagueño. Este le acogió con su amabilidad acostumbrada, y cuando un informador zumbón le dijo, indicándole al recién llegado: «Supongo que D. Eloy no tardará en ser ministro», D. Paco se apresuró a contestar, con una cáustica seriedad que envidiaría el más castizo vecino del Perchel:

— ¡Claro que sí!... Zerá miniztro pronto, y yo me alegraré, porque aquí, el amigo, ze lo merece to...

— ¡Caramba, Sr. Bergamín! — dijo ruborizándose el marqués de Selva Alegre.

— ¡Pero zi ez la verdá, home!... ¿Pa qué vamo a engañarnoz?... Ademáz, querido Buyón, yo tengo la zeguridá de que ozté conzeguirá to lo que ze ponga en ezte mundo...

— ¡No tanto, no tanto, D. Paco! — replicó D. Eloy pavoneándose —. ¡Qué más quisiera yo!...

— Ez que ozté ez demaziado modezto, amigo...

El Sr. Bullón se apartó de la tertulia y se marchó pasillo adelante, lleno de orgullo y de alegría por las amables frases que le había dedicado el Sr. Bergamín. En cambio, los periodistas que rodeaban a éste no pudieron contener la risa, y abrumaron a D. Paco a fuerza de chistes y de frases donosas:

— ¡Bueno; es que tiene usted cuarenta tigres en el estómago!...

— Don Eloy va que no cabe en el pellejo.

— ¡También es ocurrencia decirle que conseguirá ser ministro!...

— ¡Mire usted que se lo va a creer, don Francisco!...

— A mí me parece que ha sido demasiada crueldad...

El Sr. Bergamín oía en silencio todos aquellos comentarios, hasta que, por fin, dijo con su gravedad acostumbrada:

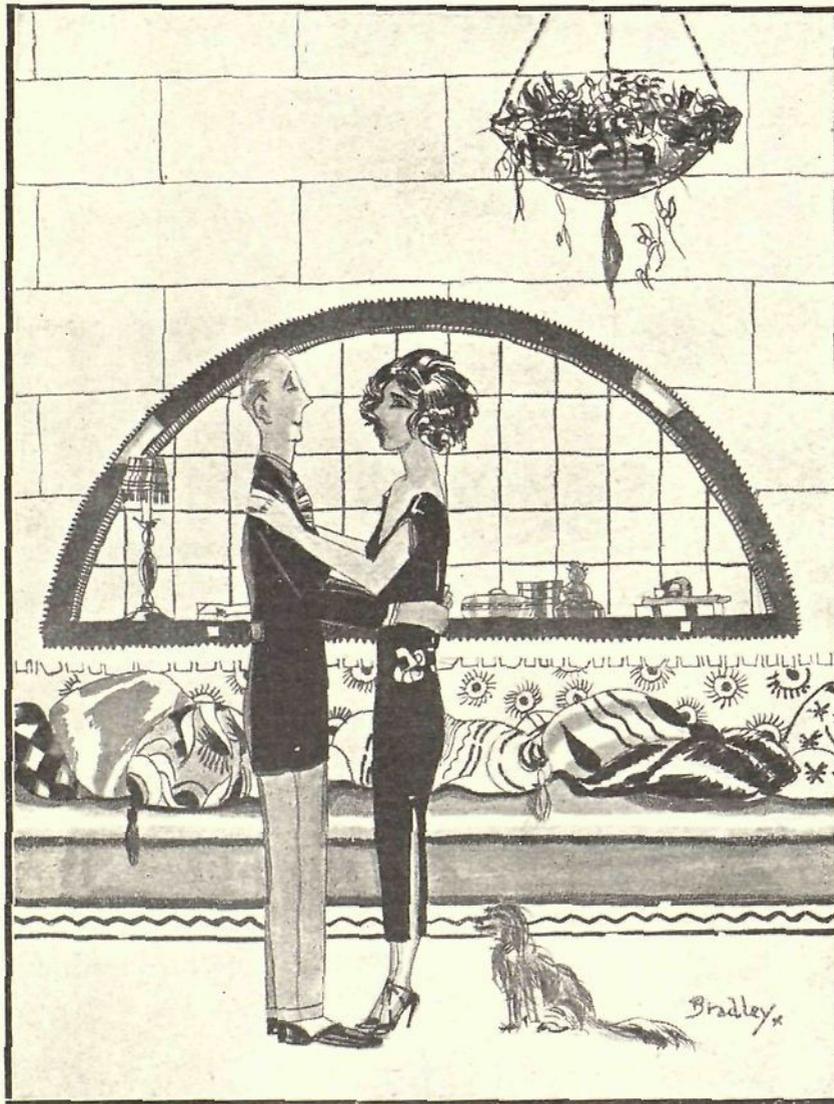
— Bueno, cabayeroz, que conzta que yo he dicho lo que ziento, y na más que lo que ziento.

— Pero, ¡por Dios, D. Paco!... ¡Eso de que Bullón lo conseguirá todo, incluso ser ministro!...

— ¡Ah!... ¿Qué duda tiene?... Pero ¿oztez no ze han fijao en que D. Eloy no tiene naricez?...

— ¡Hombre, sí, señor! Y eso ¿qué tiene que ver?

— ¿No ha de tener que ver?... Zi ziendo tan chato ha conzeguío zujetar-zz loz lencez, coza que parece imposible, ¿cómo no va a conzeguirlo to en ezte mundo el amigo Buyón?...



Dib. BRADLEY. — Madrid.

— ¡Por Dios!... ¡No vayas a cometer la incorrección de no saludar al portero..., que además es guardia de seguridad!...

TARTARÍN

ESCENAS SOLEMNES
ENTRADA DE CARLOS I EN YUSTE

PALIMPSESTO SEGUNDO DE PERO MANZANO DE LA OLIVA (1)

Vera de Plasencia, a 3 de febrero de 1557.

Nos hallamos en un hermoso lugar del serrucho (2) de Jaranda. Corre el Tiétar entre los riscos como una moto por la cuesta de las Perdices (¡maravilloso símil!), y las aguas besan la tierra con una dulzura que empalaga un poco. Son las tres de la tarde; el horizonte, de un gris meningitis, se extiende ante la vista del viajero cual una gran colcha rameada. A la izquierda de la sierra, y con gran prodigalidad, crecen la sabrosa uva y la suave manzana; a la derecha, la dulce ciruela; abajo, la oliva, y arriba, el limón. Todo es flor o fruto; el paisaje entero parece un lienzo ejecutado por un gran maestro de la pincelada policroma. (Hay días en que se levanta uno fecundo en imágenes.)

De pronto, allá al fondo, surgen las siluetas de varios hombres que caminan lentamente: es un cortejo, un cortejo presidido por una litera. Los caballeros van al lado de este chisme incómodo; unos llevan trajes de corte, y otros, cortes de trajes que son indiscutibles birrias.

¿Quién, por mucha inteligencia que tuviere, será capaz de adivinar que en ese carruaje, que parece un baúl viejo, se halla sentado y pensativo el gran Carlos I? Nadie. Por eso yo me apresuro a decirlo. Sí, lector; sí, lectora: allí, hecho un verdadero paquete, respira el vencedor en Pavia y en Túnez, el que sacudió candela a los turcos y a Paco I *el Elegante*, el César, el Caralus Primo, el del tío con Bárbara Blomberg, el padre de Juanete de Austria y de Felipe *el Monacal*... ¡Casi nadie!... Un hombre que llenó centenares de páginas de la Historia y vació miles de frascos de cerveza. Fúnebre, triste, acongojado, hecho un ciprés, Carlos se dirige a su último refugio, al monasterio de Yuste. Le rodean sus familiares: Luis Quijada, hombre de genio muy fuerte, fácilmente atufable; el conde de Oropesa, que cabalga en un jaco huérfano de padre, y el sumiller de corps La Chaux, un caballero más fino que una aguja del catorce. Siguen una tropa de alabarderos.

(1) Véase el número 43 de BUEN HUMOR.
(2) Serrucho, despectivo de sierra.

Pronto cruzan la sierra. Los que cabalgan lo hacen fácilmente, y cerrando la marcha, la tropa trepa que trepa.

Diez minutos más de camino y se hallan a nuestro lado; oigámosles.

(Hay una pausa que dura tres horas y media.)

CARLOS I (con muy mal humor, sacando la cabeza por la ventanilla).— ¡Hola!

LUIS QUIJADA (acercándose).— ¿Señor?...

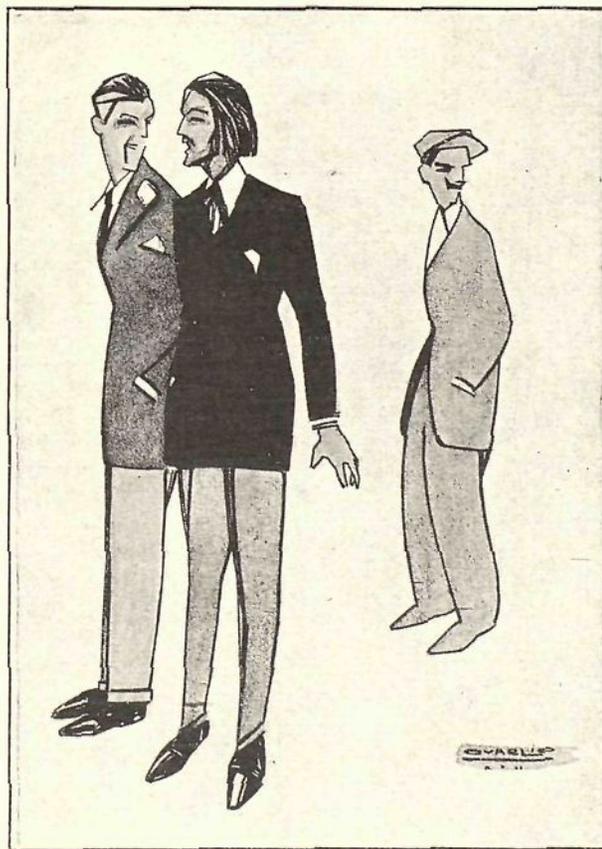
CARLOS I.— ¿Cuándo diablos llegamos a ese monasterio?

LUIS QUIJADA.— Falta una legua, señor.

CARLOS I.— Hora es de llegar. Tengo el cuerpo destrozado del traqueteo innoable y un tanto calvinista de esta litera.

LUIS QUIJADA.— ¿Acaso no es cómoda?

CARLOS I.— O eres tonto, o no entiendes de muebles. ¿Cómo quieres que sea cómoda, si es litera?... Decididamente,



Dib. AURELIO. — Santander.

— ¡Zambomba!... Mira quién está ahí. ¡Si te cogel!...
— ¿Un acreedor?
— ¡No, hombre; el peluquero!

en un concurso de idiotas te llevabas seis premios y dos accésits, Quijada.

LUIS QUIJADA (conteniendo su genio). Señor...

CARLOS I (como hablando para su interior y ligeramente chulón).— ¡Anda, que si llego a saber antes lo que era este viajecito, aun me estarían esperando los reverendos!... ¡Mes y pico dandando por España!... Estoy más molido que la canela de Ceilán. (Sacando la cabeza por la otra ventanilla.) ¡Oye, Oropesilla!

EL CONDE DE OROPESA (acercando su cabalgadura a la litera).— Señor...

CARLOS I.— Hombre, díles a esos zulués que llevan la litera que tengan cuidado al ver dónde pisan. Dan unos tumbos que me he mordido seis veces la lengua. (Oropesa se retira y habla con «Ojo de Perdiz» y Juanito, portadores del carruaje imperial. Luego vuelve al lado del Emperador.)

EL CONDE DE OROPESA.— Señor: Ojo de Perdiz y Juanito os piden que les perdonéis; los pobres andan tan mal porque Ojo de Perdiz tiene dos ojos de gallo, y Juanito tres juanetes.

CARLOS I.— Entonces, manda reponer el tiro (1). (Una nueva pausa. La comitiva se detiene, y los sitios de Juanito y «Ojo de Perdiz» son ocupados por dos alabarderos, hijos de la muy noble tierra de Lugo.) (Al reanudar la marcha, casi perfecta.) ¡Qué diferencia! Ya se conoce que estos hombres tienen más fuerza que la magnesia efervescente, calcinada y granulada... (Hay una nueva pausa. Luis Quijada, muy fruncido el ceño, marcha orgulloso sobre su jaco. Algo tempestuoso y anarquizante bulle en su interior. El Emperador comprende por qué Quijada está mosqueado, y le llama.) Quijadita, hijo, que parece que vas acompañando un duelo. Llevas una cara que en una catástrofe sería un éxito.

LUIS QUIJADA.— Es que se me ha agriado el jugo gástrico, señor.

CARLOS I.— Pero, hombre, lo de antes fué una chulla sin transcendencia. Vaya, acércate y charlemos. ¿Qué opinas de la despedida que me han hecho mis hermanas doña Leonor y doña María?

LUIS QUIJADA.— Las reinas de Hungría y de Francia os adoran.

CARLOS I.— Pero convendrías conmigo en que ya están hechas dos birrias.

LUIS QUIJADA.— Señor...

(1) Frase delicada con la que el Emperador quería decir que relevasen a los portadores.



Dib. MONTENEGRO. — Madrid.

— ¡Pues no se pone usted pocos moños, señor Matías, porque le han hecho cobrador de los autobuses!...

— La que se pone moños es usted, señá Ulogia.



CARLOS I. — Leonor ha sufrido mucho.
LUIS QUIJADA. — Su esposo, el Rey Francisco I, tuvo la culpa de ello.

CARLOS I. — ¡Qué demonio de Paquillo! Era un charrán. Con el aquel de la elegancia, se tímaba con todas las damas que veía. De algunas admitió regalos...

LUIS QUIJADA. — Es que era chuloncillo y demás.

CARLOS I. — ¡Lo que me hizo sudar el muy... Petronio! Por supuesto, que Pescara le dió para el flequillo en Pavia... ¿Te acuerdas tú, Luisete?

LUIS QUIJADA. — ¡Ya lo creo que me acuerdo! Como que yo le sacudí un gachapazo en la pelota craneana, que a poco no lo diseo.

CARLOS I. — ¡Aquello estuvo bien!... ¡Lástima que yo no lo vieral...! Pescara cargó bien con su infantería, ¿eh?

LUIS QUIJADA. — Estuvo toda la batalla muy cargante.

¡ CARLOS I. — Y ya ves, la ha diñado igual que un gato, víctima de un catarro ancestral.

LUIS QUIJADA. — Como que la vida es una charanga. (Después de esta frase,

llena de toda la filosofía de Hegel, se hace el silencio.)

LA VOZ DE UN ALABARDERO (entonando «La serenata galante»). — ¡Ay, Colombina, Colombina!...

CARLOS I. — Quijada, haz que se calle ese grullo; me está llenando el cerebro de idioteces sinfónicas. Sospecho que el autor de esa tonadilla es más tonto que bailar sin música. (Quijada se retira a enmudecer al soldado.)

EL CONDE DE OROPESA (inclinándose hacia la ventanilla). — Señor... Estamos ante el monasterio.

CARLOS I. — ¡Ah, sí! ¿Lo ves tú ya?

EL CONDE DE OROPESA. — Sí, señor.

CARLOS I. — Y ¿quién hay a la puerta?

EL CONDE DE OROPESA. — Varios frailes.

CARLOS I (dando un suspiro de desaliento). — ¡Lo que me voy a aburrir entre esos clérigos!...

(Diez minutos después la comitiva, no sabiendo qué hacer, hace alto. La litera que encierra a Carlos I se ha detenido a la puerta de la iglesia. Allí, serios, prosopopéyicos y un poco acharradillos, están el prior, fray Martín de

Angulo, Juan de la Regla y varios frailes más. Al fondo, el médico Mathys, el boticario Overstraelen, el secretario del Emperador, Martín Gastelu, y varios distinguidos pelmazos, ascendientes de esos pollos ignotos con que solemos encontrarnos las noches de estreno. Los alabarderos dejan en el suelo la litera. Fray Martín y compañía se acercan a ella.)

FRAY MARTÍN DE ANGULO. — Majestad..., bien venido seáis a esta santa morada.

JUAN DE LA REGLA. — Vednos postrados ante vuestra realeza. (Todos los frailes hincan una rodilla en tierra.)

CARLOS I. — Levanten vuestras paternidades y no hagan el indianola. (Los frailes obedecen.)

FRAY MARTÍN DE ANGULO (dispuesto a soltar un discurso). — Señor... Hoy, 3 de febrero de 1557, es para nosotros un día fasto. El dueño de Europa, el que llevó a tanto oculto rincón la luz de la fe, el que triunfó en mil batallas, el que recorrió Europa de punta a punta, el que fué grande entre los grandes, el que...

CARLOS I. — ¡Acabe vuestra paternidad, que tengo ya los nervios como escarpías!...

FRAY MARTÍN DE ANGULO (más volado que un gorrion, pierde el hilo y se hace un ovillo). — ... el que..., el que..., ¡el que fué un hacha! ¡Porque vuestra majestad fué un hacha!... Llega a nos y nos le recibimos como vos debéis ser recibido por unos nos que nada esperan de vos; pero que os quieren a vos como vos no os podéis figurar que os queremos nos a vos...

CARLOS I. — ¡Ay, Dios, qué plúmbeo! JUAN DE LA REGLA (aparte). — Acabad, fray Martín, que se inicia el chungueo...

FRAY MARTÍN DE ANGULO (sudoroso). Sed bien venido.

JUAN DE LA REGLA. — Bien venido sed.

CARLOS I. — Sed.

FRAY MARTÍN DE ANGULO. — Sois, Majestad.

CARLOS I. — Digo sed, ¡que tengo sed, vamos!

FRAY MARTÍN DE ANGULO. — Entrad y bebed, señor. (Sentado en una silla y llevado por Quijada y Oropesa, el Emperador atraviesa los limoneros de la huerta y entra en el monasterio.)

CARLOS I (aparte). — Me parece que he hecho las diez de últimas y veinte en copas.

(Lentamente el cortejo entra también.)

LAS CAMPANAS DEL MONASTERIO. — ¡Tan, talán, tolón!...

OTRA CAMPANA. — ¡Tilín, tilín!

LA CAMPANILLA DE UN SOLDADO. — ¡Antoniol!...

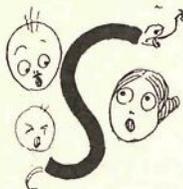
(Los pájaros, en los limoneros, hacen: ¡pi-pil, ¡pi-pil!...)

AQUÍ TERMINA EL PALIMPSESTO SEGUNDO

Por la traducción,

ENRIQUE JARDIEL PONCELA.

EL "RECORD" DE LA INTERVIU HABLANDO CON UN JAMELGO



Es cierto, según afirma la acreditada *vox pópuli*, que a muchos animales, para ser personas, no les falta más que hablar, no menos verosimilitud encierra la aseveración de cierto filósofo conocido...

mio, el cual afirma que a muchas personas basta oírles hablar para convencerse de que son unos animales.

Porque, como ustedes no ignorarán, existen animales privilegiados que suelen hacer uso de la palabra.

Los loros, por ejemplo.

Y algunos diputados.

Los demás seres del reino zoológico, sólo por virtud de esa fuerza imaginativa que al escritor distingue pudieron, en determinadas ocasiones, verse favorecidos con tan divino don.

Llegada una de estas ocasiones, yo, suponiendo que por ello no protestarán Fedro, Esopo, Lafontaine, Iriarte ni demás antiguos monopolizadores de la martingala, me tomé el otro día la libertad de platicar amigablemente con el caballo de un coche de punto.

Si la interviu predomina — pensé —, y ya hasta algunos concejales y varias *cupleteras* merecen el honor de comunicarse con el público por este medio informativo de que los modernos reporteros tanto abusan, nada más justo que interviuvar también a este ganado, que sólo se diferencia del otro en que *piensa*.

Aprovechando la circunstancia de que el auriga, leyendo cierto discurso de Maura, se había dormido, me acerqué a la distinguida bestia sombrero en mano:

— Salud y cebada, apreciable penco — le dije respetuoso.

— ¡Hola! ¿Qué hay? — me contestó él, levantando trabajosamente la cabeza.

— Acabo de asistir a una sesión del Ayuntamiento, y oyendo a algunos ediles, se me ocurrió la idea de conversar contigo.

— ¿Qué confianza le he dado a usted para tutearme?

— Perdone vucencia — rectificué sonriendo.

— Ese, ése es el tratamiento que me corresponde.

— ¡Ah!... ¿Sí?...

— ¿Usted no sabe que yo fui alcalde en mi otra vida?

— Ignoraba tal metempsicosis.

— Recuerde usted las doctrinas de Pitágoras.

— No las había olvidado. En ellas se predica la transmigración de las almas.

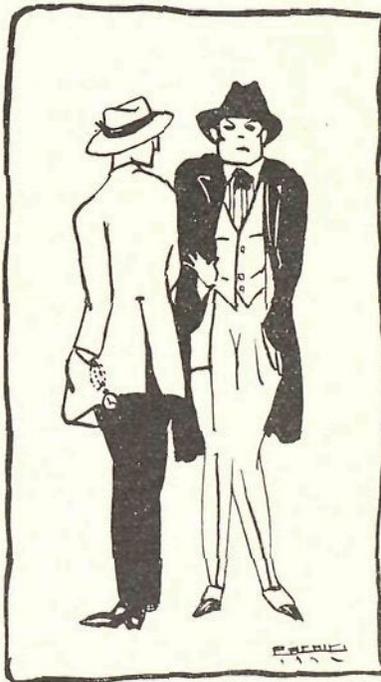
— Realidad palpable. Aquí tiene usted un ejemplo. Yo, como le dije, llegué políticamente a la Alcaldía presidencia. Tuve una vara. Hoy me veo con dos. Entonces era feliz. Ahora soy muy des-

dichado. ¡Bien caras estoy pagando mis torpezas municipales!

— ¿Le echarían a vucencia alguna maldición gitana?

— Bastantes, sí, señor. Más de una vez se atrevieron a decirme en el Ayuntamiento que yo debía estar en una cuadra. Y ya lo ve usted. ¡Ah, si yo pescase al descarado profeta! ¡Con qué gusto le atropellaría!

— ¿Qué tal le va en su nuevo estado?



Dib. PACHÍN. — Barcelona.

— *Verá usted: a mi, como estudiante de Medicina, lo que me interesa por ahora es estudiar los cadáveres, es decir, la Anatomía.*

EL OTRO (después de hurtarle el reloj).
¡No, hombre, no diga usted tonterías! A usted lo que le conviene es el ser vivo...



— Mal, muy mal. Aquí no puedo vivir con el lujo y las comodidades que el Municipio me proporcionaba. Tengo que resignarme a ir tirando.

— Se comprende.

— Además, las cosas variaron enormemente para mí. Antes, cuando yo aspiraba a ser persona influyente, el trato de la gente gorda me seducía. En la actualidad, la gente gorda me molesta, me carga, la encuentro insoportable.

— Los hay pesados, ¿verdad?

— No lo sabe usted bien. Ayer, sin ir más lejos, por fortuna mía, tuve que pasear durante dos horas por la Castellana a doña Manolita Gómez, la mujer de Simón Manso Martínez, uno que fué compañero mío en la Alcaldía, y al sinvergüenza de su secretario, que pesan entre los dos, según mis cálculos, más de ciento noventa y ocho kilos.

— ¡Caray, qué obesidad la de esa pareja!

— ¡Municipal completamente! ¡Cuántos aduquines se habrán tragado los angelitos! Temí que Manolita me reconociese.

— ¿Qué dice vucencia?

— Nada de particular hubiera tenido. ¡Tantas veces me vió ella hecho un animal! ¡Ironías de la suerte, que se ensaña con los seres predestinados! Yo me pasé la otra vida huyendo de una Manuela y de un Simón, y en ésta no he podido librarme del *simón* ni de la *manuela*. Y acabaré muriendo por causa de un *Manso*.

— Seguramente. ¿Le trata bien el cochero?

— Aunque es sindicalista, no puedo quejarme. Casi todos los palos van a la cabeza.

— ¿Tan mal le quiere?

— No. Lo hace porque así lo exigen sus ideas políticas.

— ¡Tiene gracia!

— Mucha. Sobre todo si se *acurda*.

— Y eso, ¿cuándo ocurre?

— Cuando está en su *punto*.

— ¿Será un ignorante, un zafío?

— No lo crea usted. Sabe mucho.

— ¿De veras?

— Tanto o más que algunos médicos y no pocos abogados.

— ¿Es posible?

— Al fin y a la postre, vive de lo mismo que ellos.

— ¿Eh?

— De explotar las carreras. Cinco pesetas les cobró ayer por una a tres toreros que venían de Guadalajara.

— ¿Llevarían baúles?

— No; pero como ellos eran *maletas*, les hizo pagar a cada uno cincuenta céntimos de más, como bultos de equipaje.

— ¡Qué bruto!

— Ahora comprenderá usted que entre él y yo sólo existe una diferencia.

— ¿Cuál?

— La de que yo soy el que tira y él es el que recoge.

— Vucencia tiene razón — exclamé, volviendo a descubrirme.

Y después de estrechar el casco derecho de la que fué primera autoridad municipal, según propia declaración del interesado, me despedí.

ADOLFO SÁNCHEZ CARRERE.



UN BOMBERO MUY FINO

— Señora, ¿le molesta a usted el humo?...

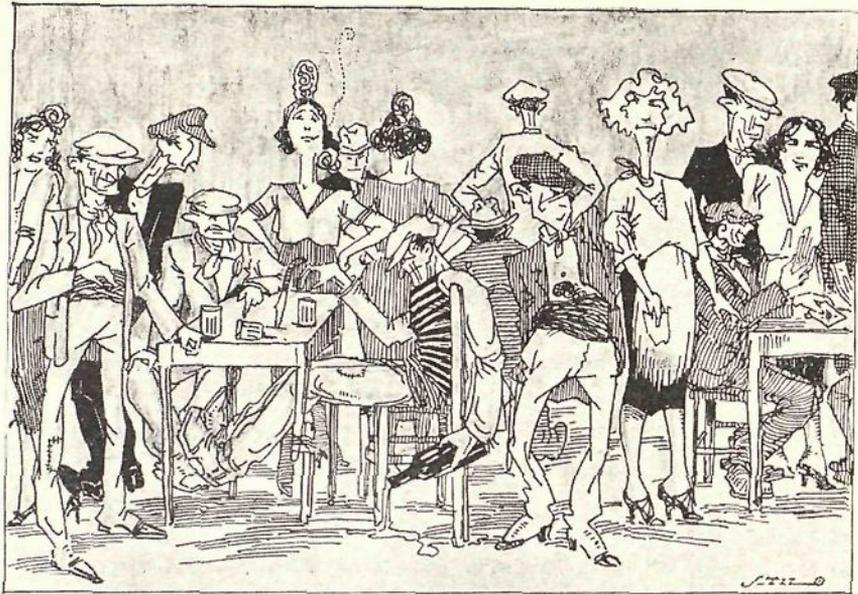
Dib. KARIKATO. — Madrid.

PROGRAMAS

EL ILUSTRE HUÉSPED

Se encuentra en Madrid la *Gazpacha*, y a diario la aplauden en la Comedia. Es una gitanaza brillante y colorinista como un cartel de toros. Pechugona y con los pies característicamente andaluces, tiene figura de palomo buchón. Cabellera negra y voluminosa sobre la cara africana, en que los ojos descansan en unos párpados que parecen sonajas de pandero. Envuelve el busto en un manto de Manila, cuyos flecos caen en cataratas. Siéntase en toda la silla y con las piernas separadas. Cuando palmo tea jaleándose, con el movimiento de sus brazos, redondos, morenos y desnudos, de belleza oriental, el cuerpo y sus policromados trapos tiemblan, palpitan. Detrás de ella, en contraste con su abundancia y su flojedad de rosa que se deshoja, el traje oscuro y escueto, el rostro cetrino y escueto del guitarrista, y la escueta amarillez de la guitarra.

La noche de San Juan de junio se celebró este año una verbena en el palacio de Carlos V de la Alhambra. Al dar las doce se apagaron los focos eléctricos del patio, quedando sólo encendidos los faroles japoneses de la columnata. Flotaban las guirnalda verdes, rosas y doradas, como si danzasen los gnomos del alcázar moro. En el misterio de la galería, allá en lo alto, dominando a la multitud silenciosa, sonó una voz que se enhebraba en las campanadas, una voz ancha y clara, como una oleada de viento



EL TÈ DE LAS DOS Y MEDIA

Dib. STILO. — Valencia.

llena de la cadencia de las *granadinas*. La *Gazpacha*, que canta. Su acento, y la letra, y la música de la copla, no escalofriaban, como una *saeta* al amanecer en los callejones sevillanos. Infundían al nocturno sensualidades, y más que el bordón y la prima, acompañaban los rumores del bosque en la colina

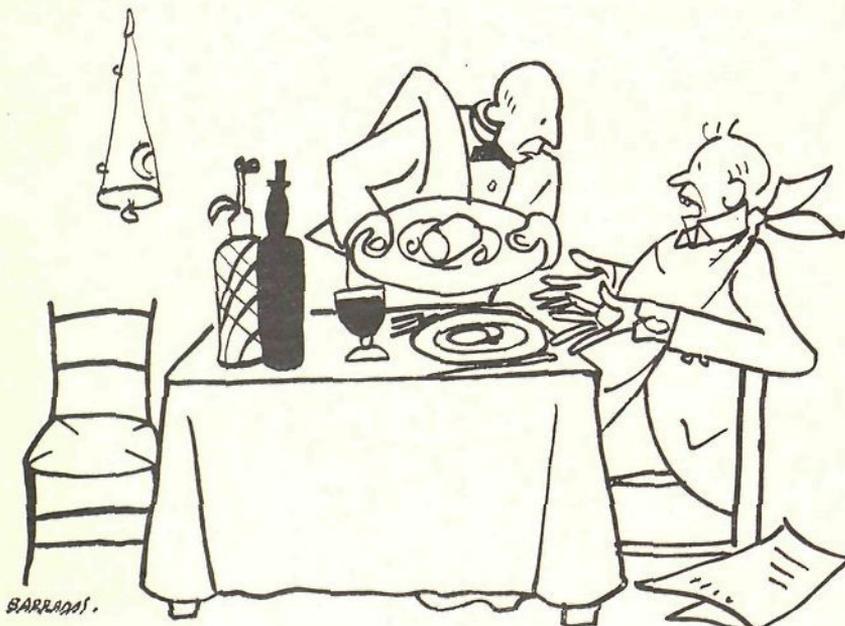
roja. Al mirar hacia arriba, orientados en nuestra ceguera por la armonía, descubrimos el cielo, negro y estrellado, *velarium magnifico* de un pañuelo de crespón bordado de jazmines...

De pronto tornaron a deslumbrarnos los voltaicos. Las bolas de papel se debilitaban, y como si se escondiesen ante la llegada de una guardia que los perseguiera; otra escena de la reconquista. La muchedumbre recobró su animación y su color: batea de flores para echarlas al paso de la *Virgen de las Angustias*, copa con piedras preciosas, semejaba el patio en su redondez, y cabrilleante de matices y refulgencias, con una atmósfera densa de perfumes.

Pero no se desvaneció por completo la brujería evocadora. Lo primero que vimos nosotros fué una dama que se había vestido a la moda del polisón y los faralares, y llevaba la manfilla blanca embozándole el rostro con patillas, y abanicábale con uno de aquellos pericones. Era una acuarela de Fortuny, digna de una página de Gautier.

Desde nuestra butaca en el teatro madrileño, contemplando y escuchando a la *Gazpacha*, volvíamos a saborear la velada alhambrina. En el simpático cromo y el chascarrillo en acción de *El Niño de Oro*, la *Gazpacha* constituye la única verdad. Hasta en los menores detalles. Por ejemplo: sólo ella bebe vino auténtico en la zambra, que lo necesita para entonarse.

La lógica en la escena se quiebra aparentemente, como un bastón al meterlo en el agua. Esa mujer, que trae una ráfaga de los *cármenes* a la calle del Príncipe, simboliza en su tierra la falsedad grata al turismo.



BARRADAS.

Dib. BARRADAS. — Madrid.

- ¿Este es el plato del día?
- Sí, señor.
- ¡Pues es una porquería!...
- Sí, señor; es que es el plato del día... anterior.

Y a propósito, un recuerdo. Tomó la *Gazpacha* parte en el Concurso de *Cante jondo*. El viejo *Estenazas*, la *Ciega*, el niño *Caracol* y el de *Jerez* — gárgola que escupe y se canta — definieron *cañas*, *polos*, *martinetes* y *seguiriyas*. Y llega la señora *Gazpacha*. Y sin cuidarse del fin purificador de los ejercicios, aprovechando la ocasión de lucimiento, se arranca por *granadinas*, las mismas que viene cantando a los ingleses, las de la Comedia, y que son, respecto a *lo jondo*, como un morito de zarzuela junto a los del Rif. El público, que no entiende de influencias bizantinas y árabes en sus cantos, que reconocía *lo suyo*, rompió a aplaudir con un entusiasmo desenfrenado. Y he aquí al pobre maestro Falla, enfurecido y sin atreverse a subir al tablado, reclamando desde abajo a la sacrilega. Que si quieres. La *Gazpacha*, embajadora extraordinaria del Sacro Monte y del Albaicín, se vengó contra tantas gafas de carey, rosetas en la solapa, folletos y academias, que por entonces cayeron sobre los flamencos como doctores en una agonía...

Formaba la actual *cantaora* de la Comedia en una caravana cromolitográfica de gitanerías, que sirve juergas a los viajeros. Cueva entre los chumbos, o reservado de una venta, o sala con ajimeces, arabescos, reloj y cortinas de terciopelo en un hotel. Solera, jamón serrano, jipíos, humazo, marchosería; el *pollo* que se pone pelma, la *bailaora* que se duerme en un diván, el corro de los iniciados, la carátula fantástica de un *monsieur* con monóculo y el desfile de hembras con perfil de cabra y vestidas de rojo o azul a lunares, entre los camareros de frac.

La *Gazpacha* es figura eminente en tales ritos. En diversas ocasiones la hemos admirado, y una vez, acaso sin saberlo, realizó algo inolvidable en su simplicidad.

Clareaba al fin de una vigilia monstruosa de guitarra, canturía y mosto. Casi todos los juerguistas yacían amodorrados por los rincones. Las lámparas, como fatigadas, como desangradas, apenas lucían en la niebla del holgorio. Estábamos endemoniados. Alguien sufría mareos, otro soñaba en voz alta, un borracho lloraba enternecido. La única ventana, el inevitable ajimez, se tiñó de azul, y transparentando el alba, sus cristales eran maravillosos. Y fué la *Gazpacha*, y sorteando obstáculos se dirigió a la vidriera, y la abrió, y penetraron la algarabía de los pájaros y el fresco de un jardinillo. Inmóvil, recortada su silueta en la lividez auroral y los brazos separados y en alto, aun en la actitud de abrir la ventana, trazaba una cruz con toda su figura, como para librarse y librarnos del maleficio...

Cruz adornada con flores y el mantón de seda, como las de los corrales sevillanos en mayo.

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ.

ELOGIO Y DEFENSA DE MILLÁN DE PRIEGO

Yo no sé si cuando este artículo sea leído por los parroquianos de BUEN HUMOR, el inclito y esforzado paladín señor Millán de Priego se habrá ido a su casa por su pie, despreciando y desoyendo las súplicas y ruegos de la opinión española, que está alarmadísima ante la posibilidad de que D. Millán dimita, y que llorará de pena y rugirá de indignación si D. Millán dimite, privando al país de una de sus figuras más eminentes, más preclaras, más populares y más queridas que han ejercido cargos públicos desde la época en que se abrió el arca de Noé hasta nuestros días.

Creo, pues, fundadamente que D. Millán no dimitirá, atendiendo a las reiteradas instancias del pueblo, al que no querrá dar un disgusto que podría incluso ser mortal para las personas sensibles.

Yo de mí sé decir que vertería acerbó llanto y que se me quitarían las ganas de comer. Suplico, por tanto, a mis lectores que eleven sus preces al Altísimo

para que inspire a D. Millán la decisión de no dimitir, en la seguridad de que, si cuando lean ustedes estas cortas letras D. Millán se ha marchado, pueden ustedes afirmar que habré empapado en lágrimas varias docenas de pañuelos con mis iniciales, y que no habré tocado ni una chuleta, ni una patata frita, ni siquiera una pastilla de goma, en señal de duelo.

¿Cómo, pues, no he de procurar, por todos los medios que estén a mi alcance, disuadir a D. Millán de su loca decisión de abandonarnos, si su marcha significa para mí el pesimismo, la rabieta y la inapetencia? ¡No, D. Millán, respetable y respetado D. Millán, hombre bondadoso y algo canoso, calumniado vilmente por cuatro guasones, no se vaya usted, no se marche, no se largue, no se esfume, no se elimine, no nos dejel...

Y si nos deja usted, tenga usted la seguridad (todo el Cuerpo de Seguridad completo) de que la opinión clamará



Inicuo procedimiento seguido por los policemen de Londres para disolver una manifestación obrera en Trafalgar Square. Esta fotografía justifica plenamente al Sr. Millán de Priego, pues da la exacta impresión de los sistemas de brutal violencia corrientes en el extranjero, y que, afortunadamente, no son copiados por nuestras autoridades, cuya vida guarde Dios muchos años.

para que usted vuelva, escandalizará para que sea usted reintegrado al alto y cómodo puesto que ocupa, dará voces estentóreas para que se declare vitalicio el destino de usted, que, por cierto, ya le falta poco para serlo...

Esta es la verdad, y no lo que dicen y han dicho los estudiantes, que son unos bromistas que sólo tienen ganas de hacerle a usted rabiar y de hacer correr a los guardias... detrás de ellos..., o delante..., que el orden de los factores no altera el producto, y el orden de los guardias del orden tampoco.

Mis lectores verán, por todo lo escrito, que BUEN HUMOR es uno de los varios periódicos de Madrid que están decididos a que D. Millán Millán de Priego no haga la chiquillada de marcharse. Pues

qué, ¿se cuenta con alguna figura de ese relieve capaz de sustituirle dignamente? ¿Es que es posible encontrar un personaje más popular y más conocido por el pueblo? ¡Sólo encontraríamos personajes de una popularidad análoga remontrándonos a los tiempos de *Garibaldi* y de *Madame Pimentón*; pero el primero falleció, por desgracia para la patria, y la segunda debe de estar muy mala, habida cuenta del tiempo que hace que no se la ve por la calle...; aparte de que ambos a dos hubiesen resultado incompetentes para el elevado cargo de que se trata!

Además, en España es una costumbre muy antigua hablar mal de la gente sin tener el gusto de conocerla. De D. Millán se dice que es un Trepoff, y yo sé que

D. Millán es incapaz de comerse un pájaro frito por no hacerle daño... De don Millán se ha dicho que *metía de quin-cena* a todo el que se le antojaba, y yo les juro a ustedes que a mí no me ha metido nunca, y que se librará muy bien de hacerlo. De D. Millán se ha asegurado que detenía a todo Dios sin causa justificada, y yo, puesta la mano en mi corazón, afirmo que únicamente una vez le he visto en la calle detener a un caballero; pero era para preguntarle por su familia, porque se trataba de un cariñoso amigo y afectísimo y seguro servidor.

Don Millán, cuando era niño, era dulce, tierno y obediente... Cuando era estudiante (porque supongo, aunque no lo puedo afirmar, que ha sido estudiante alguna vez), sé de buena tinta que nunca silbó ni apedreó a los guardias. De la actualidad, no hablemos. Su medida, su tranquilidad, su sangre fría, la impasibilidad de que ha dado muestras ante las enormidades que le han dicho, son una prueba de la bondad de su corazón y una demostración clara de que, como todos los estoicos, sabe sonreírse a tiempo de los peces de colores.

Y pasemos al último punto, el más interesante de este artículo: a la alusión que se ha hecho a los procedimientos de violencia empleados por los guardias de París, Londres, Nueva York, etc., en las manifestaciones callejeras.

Todo lo que se ha dicho, es verdad. El Sr. Sánchez Guerra ha hablado de las cosas atroces que hacen los guardias de Londres, y aunque Sánchez Guerra sabe el inglés mucho peor que el andaluz, he de reconocer que se ha enterado bien. En Londres se hacen horrores con los manifestantes, y sólo para probarlo cumplidamente publicamos la fotografía que acompaña a mi modesto trabajo literario.

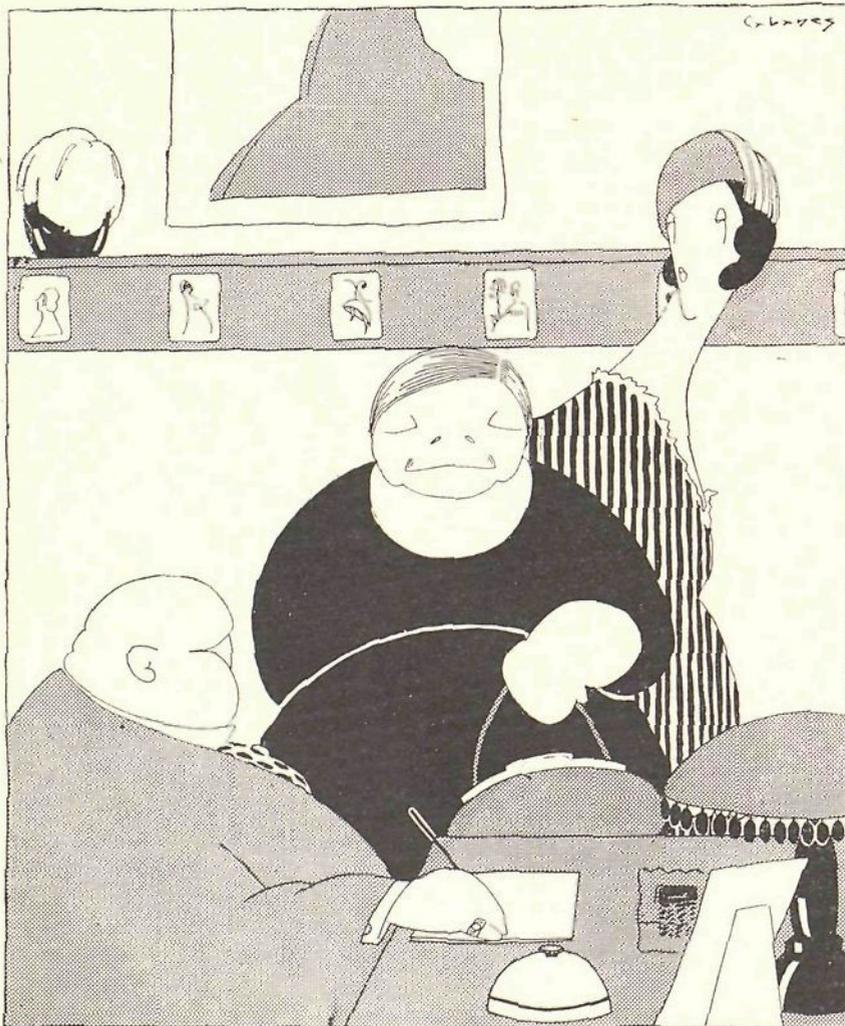
En París aun es peor, porque los *gardiens de la paix* atizan cada mamporro que enciende el pelo, y el puñetazo, como la bofetada, es humillante. ¿No es mucho más heroico, más artístico, más de epopeya, morir de un balazo que hincharse de un lapo? ¡Como español, como descendiente de Pelayo y como biznieto de los guerreros de Flandes, estoy al lado del guardia que disparó...; y digo al lado, porque estar de frente es imposible con ese hombre!...

Así, pues, y resumiendo: Millán de Priego no debe irse, no puede irse, no es justo que se vaya, no es lícito que se le deje ir. Y creo que no se irá.

Pero si se va, si a pesar de todo insiste en contrariar mis deseos y los de todas las personas de orden, reciba desde aquí la expresión de mi censura más agria y de mi protesta más enérgica.

Y esté seguro de que, aunque vaya yo completamente solo, iré vociferando por las calles hasta conseguir que vuelva a ser jefe de nuestra gloriosa Policía.

ERNESTO POLO.



Dib. CABANES. — Madrid.

EL EMPRESARIO. — Bueno, bien; que venga, y levantará el telón.

LA MAMÁ. — Si le parece a usted, para eso vendrá su padre, que tiene más fuerza...

TITIRIMUNDILLO

El boxeador Criqui, campeón de pesos pluma, ha vencido a otro luchador.

— ¿Dice usted que es pluma?

— Sí; pero, por lo visto, la pone en un mango que parece un martillo.

— Ha llegado la tiple mejicana Esperanza Iris. En la Zarzuela actúa la compañía argentina. Y en Apolo triunfa la de Velasco, procedente de La Habana. ¿Qué le parece a usted?

— Pues que Buenos Aires corren para el teatro español.

El conflicto de la madera ha debido de quedar resuelto.

Lo decimos porque en estos días hemos visto que repartían leña.

El Ayuntamiento ha dado cuenta de las defunciones registradas.

¿De modo que se muere uno y le registran? Ni que los difuntos llevaran matute.

— ¿Para qué estudian los estudiantes?

— Fácilmente se comprende eso: para tener carreras.

— Es en las Facultades, ¿verdad?

— ¿Las carreras? No; en las calles, y en competencia con los guardias.

«Londres. El lunes se reúnen los Comunes.»

Pues cualquiera pasa el martes por las proximidades.

Comunican de Servia que el Príncipe Jorge se somete.

Ha hecho bien. Después de los tiros de orejas que se dan a Jorge, ¿cómo va a rebelarse? Sería echar el cero continuamente.

«Chita deja de ser República.»

Es de creer que lo haga sin dar voces.

O sea a la Chita callando.

«En Nueva York un matrimonio se ha casado y divorciado por tres veces.»

¡Qué insistencia! Se conoce que no cambian de pareja para aprovechar la ropa que tengan hecha.

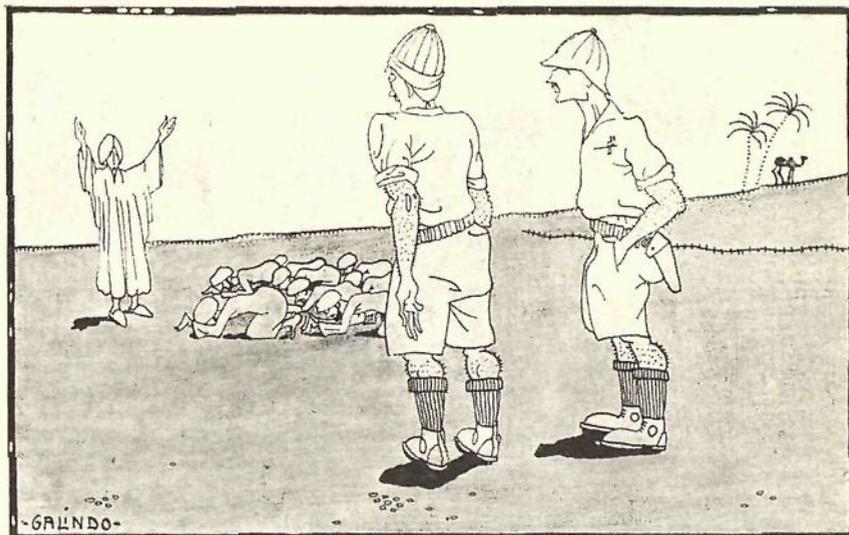
«En breve, otra conferencia diplomática en Suiza.»

Se conoce que los diplomáticos hacen tiempo que no bebían champagne a costa de las naciones.

Y por eso tienen que reunirse de vez en cuando.

En cuanto hay crisis en alguna parte, los periódicos preguntan: «¿Cómo se constituirá el nuevo Gobierno?»

Pues ya pueden figurárselo. ¡Con un apetito atroz!



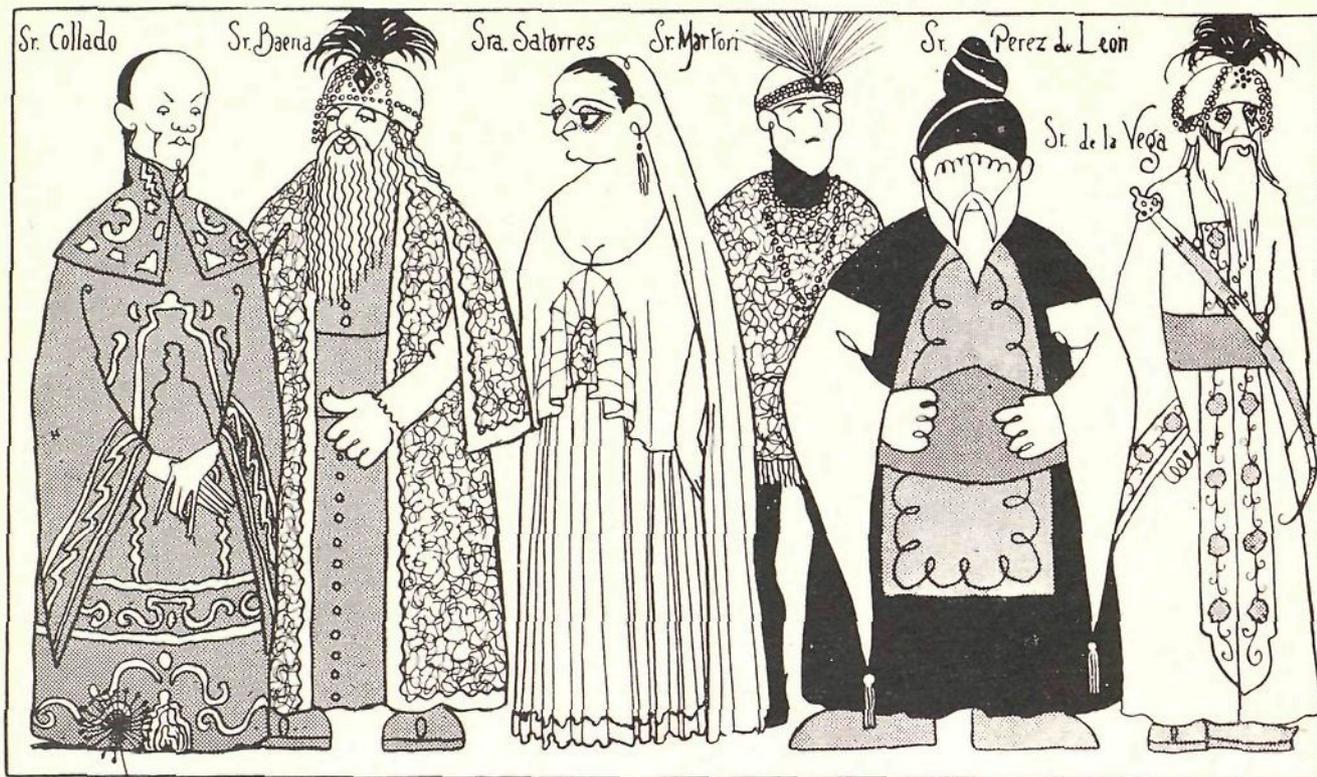
Dib. GALINDO. — Madrid.

— Me admira el fervor con que escuchan estas gentes a ese hombre.
— Como que en cuanto que él habla..., ¡boca abajo todo el mundo!

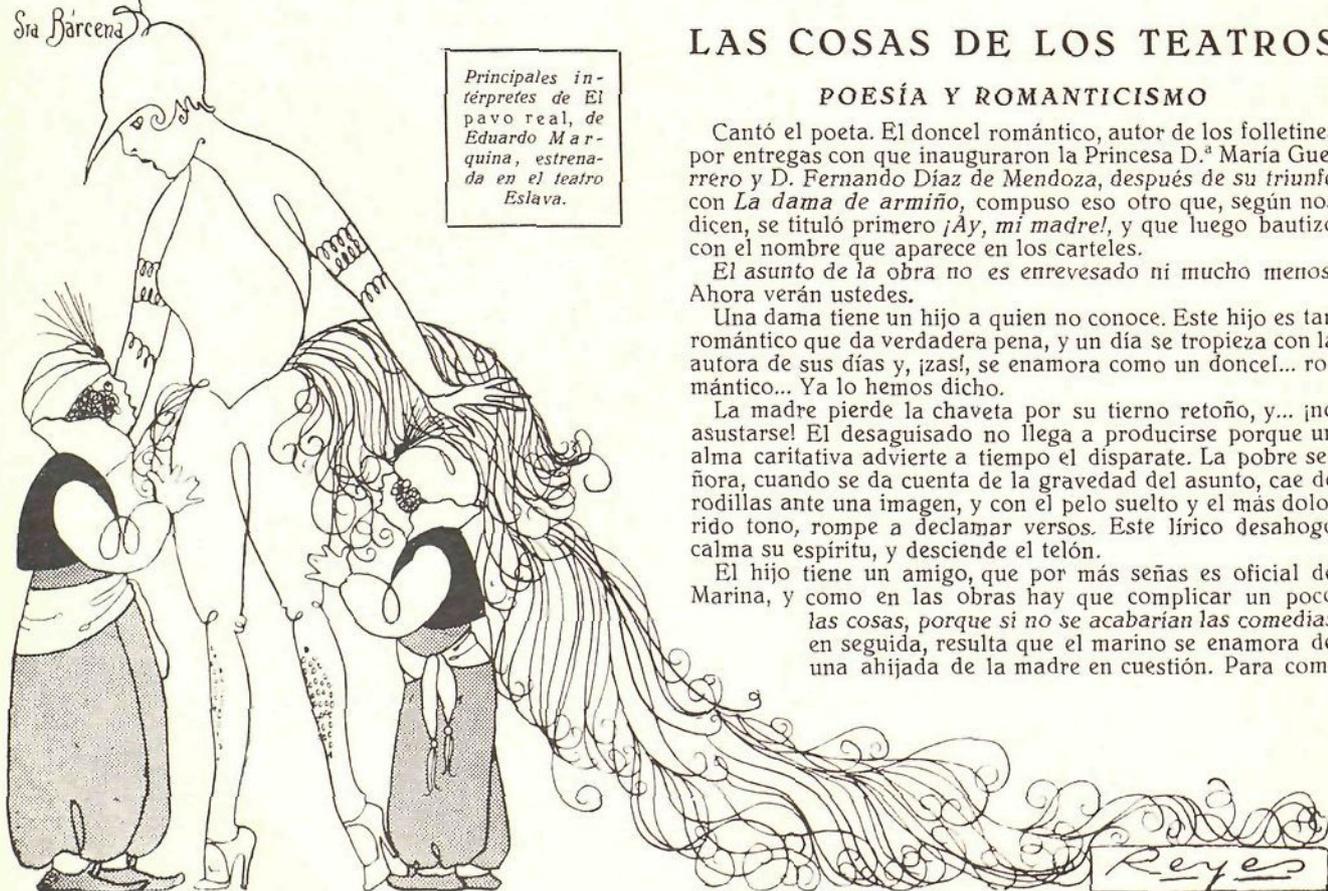


Dib. MURO. — Valencia.

EL MÉDICO. — ¡Me lo temía!... Aquella opresión pectoral...
EL OTRO. — ¡Figúrese usted!... ¡Pasó un tren por encima de él!..



Sra. Bäreena



Principales intérpretes de *El pavo real*, de Eduardo Marquina, estrenada en el teatro Eslava.

LAS COSAS DE LOS TEATROS

POESÍA Y ROMANTICISMO

Cantó el poeta. El doncel romántico, autor de los folletines por entregas con que inauguraron la Princesa D.^a María Guerrero y D. Fernando Díaz de Mendoza, después de su triunfo con *La dama de armiño*, compuso eso otro que, según nos dicen, se tituló primero *¡Ay, mi madre!*, y que luego bautizó con el nombre que aparece en los carteles.

El asunto de la obra no es enrevesado ni mucho menos. Ahora verán ustedes.

Una dama tiene un hijo a quien no conoce. Este hijo es tan romántico que da verdadera pena, y un día se tropieza con la autora de sus días y, ¡zas!, se enamora como un doncel... romántico... Ya lo hemos dicho.

La madre pierde la chaveta por su tierno retoño, y... ¡no asustarse! El desaguizado no llega a producirse porque un alma caritativa advierte a tiempo el disparate. La pobre señora, cuando se da cuenta de la gravedad del asunto, cae de rodillas ante una imagen, y con el pelo suelto y el más dolorido tono, rompe a declamar versos. Este lírico desahogo calma su espíritu, y desciende el telón.

El hijo tiene un amigo, que por más señas es oficial de Marina, y como en las obras hay que complicar un poco las cosas, porque si no se acabarían las comedias en seguida, resulta que el marino se enamora de una ahijada de la madre en cuestión. Para com-

plicarlo un poco más, las cosas se arreglan de modo que el doncel, tenga que casarse con la enamorada de su amigo y ahijada de su madre.

Esto se explica, porque el muchacho sostuvo un duelo a pistola y fué herido por un capitán, que lucía un traje azul purísima enternecedor, y la convalecencia la aprovechó la familia para hacerle tragar al doncel el anzuelo de la niña, que es tonta de remate, dicho sea con perdón.

A todo esto, se ha muerto el insigne Larra, *Figaro*, doloroso suceso del que nos enteramos hace tiempo, y que en la obra nos recuerda Díaz de Mendoza, sin duda para darle más extensión al papel que le ha correspondido.

Entre estas cosas y otras, tales como el desarrollo del arrepentimiento de la madre y la explicación de la mala faena que se le ha hecho al marino, transcurre el cuarto acto.

Y llega el quinto. La boda va a celebrarse, si no lo impide fuerza mayor. El doncel, que ha leído Werter y que está loco perdido por las historias que corren de la muerte de *Figaro*, y que, sobre todo, sigue enamorado de la autora de sus días, igual que si no se hubiese enterado de la triste verdad — ¡vaya niño! —, piensa que la mejor solución es la de quitarse de en medio, con lo cual el marino podrá casarse con su prometida y él descansará un poco.

Y, en efecto, mata los dos pájaros de un tiro. De un tiro auténtico que se atiza en un costado.

¡Al fin va a descansar lo menos unos minutos!

Antes de realizar su fatal propósito, el doncel se despide de todo lo que está al alcance de su mirada. Dice adiós al sillón en que convaleció, a la mesa de despacho, a las alfombras, a la criada, al mes de mayo, a la mañana de sol, a un retrato de su madre — ¡cuidado con la criatura! —, al apuntador, y, por último, a la vida.

Luego, ¡¡pum!!... El espíritu del romántico comienza a descansar.

Pero llegan los amigos que, ignorantes del suceso, vienen a la boda, y entre ellos el marino, que se queja de que, además de quitarle la novia, le hacen regresar a Madrid, nada menos que desde Nápoles, y sólo por afán de ponerlo en ridículo. Realmente, nos parece un abuso de la amistad.

Y ¿ustedes creen que el cuento ha terminado? Pues no, queridos lectores. A la media hora de murmuraciones se descubre el cuerpo caído del doncel, que descansaba... Pero ¡buen descanso te dé Dios!

Traen al mozo a escena, y surgen de improviso madre, novia, criados, padrino y coro general.

¿Descansar decíamos? Agonizando y todo, refiere a grandes rasgos su vida, sus propósitos y su resolución. Vuelve a despedirse, ruega a su amigo que se haga cargo de la novia, dice unos cuantos versos más, y, por fin, se muere.

La madre, entonces, comienza a reír estrepitosamente, se retuerce los brazos, se tira de los cabellos y se despeina otra vez — y van dos —, chillá desafortadamente y... ¿para qué decir, después de lo descrito, que se ha vuelto loca?

Y, en vista de que el asunto se pone demasiado feo, los maquinistas echan abajo el telón.

El auditorio se marcha entristecido en este momento, ignorando que después, y para subsanar un olvido lamentable, vuelve a salir el doncel a escena... para despedirse del público.

Indudablemente, la obra de Ardavín es una comedia muy fina. Y muy atenta.

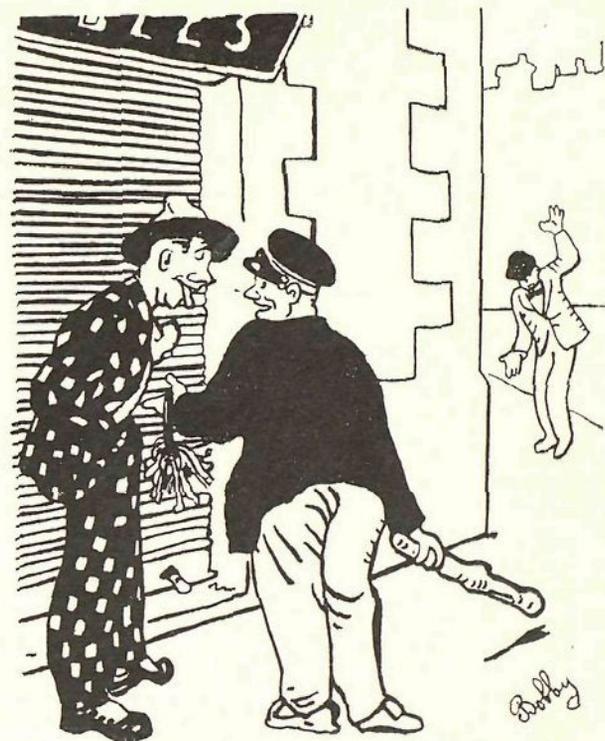
"EL GOYA"

Muñoz Seca y Pérez Fernández estrenaron el mismo día que Fernández Ardavín; pero, a decir verdad, *El Goya* no es tan fino como *El doncel romántico*, y, justamente, por su falta de fineza el público encontró la obra poco agradable.

Digamos que *El Goya* viene a ser una segunda parte de *Un drama de Calderón*. Y como ya hemos quedado en que «nunca segundas partes...», etc., nos abstenemos de comentar.

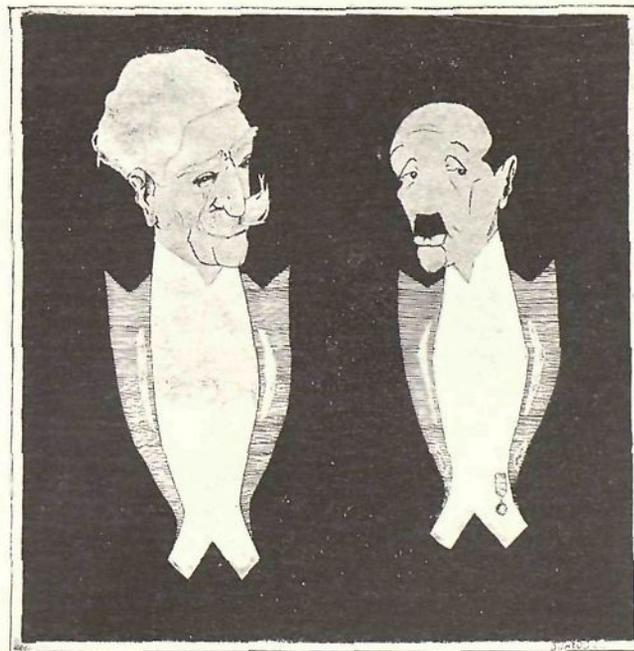
JOSÉ L. MAYRAL.

Dibujos de Reyes.



Dib. BOBBY. — Carabanchel.

— ¿Te gusta más ser sereno que cómico?
— ¡Claro, hombre!... Aquí, cuando peor lo haces, es cuando más te aplauden.



Dib. DOLFOS. — Madrid.

— ¿Ha visto usted?... A esa opereta le han protestado la música, y ha sido un triunfo.
— ¿Y la letra?
— La letra ha vencido, y se la han protestado.



Dib. GARCÍA CUERVO. — Madrid.

- Pues sí, don Toribio, me dedico a escribir.
 — ¡Caramba, no te creía capaz de vivir de la pluma! ¿Y escribes en...?
 — Escribo a... mi padre pidiéndole dinero.

EL BUEN HUMOR DEPORTIVO

Del arte de los puñetazos.

Mientras Jiménez y Mateo, sin saber *gorda* de esto de boxear, se muerden, se pellizcan, se pisotean con saña terrible, yo me apoyo sobre el gabán que he colgado en la cuerda que nos separa de las sillas de *ring* y empiezo a bostezar. A mí esto del boxeo me aburre mucho. Hay una atmósfera irrespirable, y de tanto rato de estar de pie, las piernas se me doblan y la boca se me seca. Y es que esto se ha hecho para los deportistas, para los hombres fuertes, y no para mí, que se me ve el estómago al trasluz.

Por esta localidad de pie firme la P. P. M. cobra diez reales a los incautos y a los devotos. Yo no pertenezco ni a unos ni a otros. Bien podría la P. P. M. hacerme una rebaja.

Hay un descanso. En él, uno de los boxeadores se nos acerca, y huele que apesta a embrocación, que es una cosa terrible.

Van después, por orden de programa, Jim Flynn y Armenteros. El primero, que anda por ahí de capa y gañas de concha, como si fuera un guitarrista o algo así, sabe poco, y tiene un miedo como para él solo. Regúlez, a mi lado, presencié el

combate con religiosa mudez. Al acabar me dijo al oído:

— Vaya, ¿eh?... Armenteros le ha dejado K. O.

— ¿Eh?...

— K. O.

— ¿Qué dices?

— Tú escribe *K punto* y *O punto*, que ya el público iniciado te entenderá.

— Bueno.

— Es que Flynn tiene mucha tripa, no tiene el estómago *trabajado*, y al darle Armenteros ese directo al estómago, ha caído hecho una pelota.

Un golpe de *gong* nos interrumpe. Salen al *ring* Martínez y David. Aquél,

tan valiente otras veces, al encontrarse con David, quizás por aquella leyenda de que David, tan menudo y tan joven, venció al gigante Goliat, derrochó un pánico terrible. Acabó Martínez cayendo al suelo.

— ¿K. O? — dije yo.

— ¡Ca, hombre! Esto, en el *argot* profesional, le decimos *atterizar*, ¿sabes?, dejarse caer.

— Bueno.

El combate formidable, sin duda, según Regúlez, *fué el de Bosch, del C. A. C., contra Pina, del R. S. G. E.*

Bosch hizo gala de un bloqueo *científico y elegante en los ocho rounds*. Pegó a Pina como quiso y donde quiso, y esquivó maravillosamente. Pina, el pobre, en cambio, sólo dió manotazos al aire, como si espantara moscas. Regúlez, siempre sabio y oportuno, resumió el combate con una sonrisa despectiva y estas palabras:

— Ha sido un nuevo fracaso para el *challenger* Pina.

Ignoro si lo diría con razón o sin ella. No sé lo que es *challenger*, ni falta que me hace.

No hay quinto malo, según dicen. Regúlez dice que *fué el combate de la emoción, y que Martínez, en el deportivo y honesto sentido de la palabra, le gustó mucho.*

— Pega duro y coloca muy bien el golpe, ¿eh?... Mira, así..., ¿ves?...

— Si, sí...; no acciones.

— Tal vez esté Martínez algo desentrenado. Abre mucho la pierna cuando está en guardia.

— Cuando está en guardia sacará el revólver, como es moda.

— ¡No seas idiota, Aquiles! A pesar de todo, Martínez está muy bien.

— Bueno...; ¡cuando tú lo dices!

— En el *segundo round* dejó K. D. — fíjate, ¿eh?: *K punto* y *D punto* esta vez — a Solinís. Hicieron *match* nulo. Solinís, aunque mejor que en la velada pasada, tiene muchos defectos, los mismos de siempre, y no pasa de ser más que un mediano boxeador.

— Bueno. ¿Por dónde hay que meterle la mano a la P. P. M?

— Hombre..., esta vez ha sabido compaginar los pesos..., no ha estado mal.

AQUILES

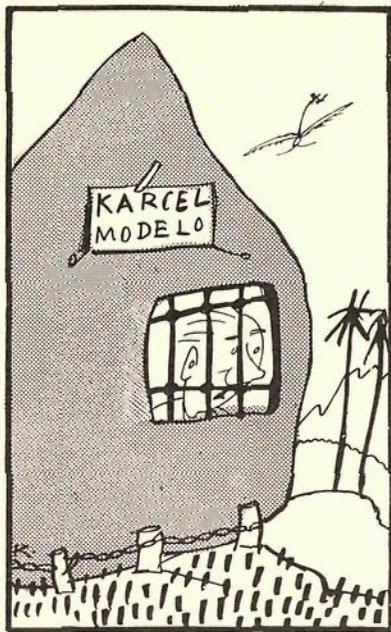
LOS DENTÍFRICOS SANOLAN son los mejores.

Si quiere usted tener dentadura fuerte y blanca, compre usted la

PASTA DENTIFRICA SANOLAN

Si quiere usted preservar su boca de microbios y parásitos, enjuáguese a diario con

ELIXIR DENTIFRICO SANOLAN



Para estas ocupaciones tenía relación con él una joven india, aquella a quien Ludovico creyó oír media palabra en español.

Casi todos los días visitaba la tienda del joven.

Entraba silenciosa, ponía el trabajo cerca de él, y se retiraba pausadamente, sin separar sus ojos, profundos como un pozo, negros cual sotana, del mancebo preso. Y así los primeros días.

Ludovico estaba desconcertado. No sabía a qué atribuir aquel mirar insistente. ¿Querría hipnotizarle?

Por si así era, él apartaría sus ojos, bajando la mirada con un aparente gesto pudoroso.

Lo hizo así, y desde entonces la india se detenía más junto al joven. Cierta día levantó éste su vista a tiempo que la joven le contemplaba con amorosa mirada y que una sonrisa prometedoramente vagaba por sus labios.

Ludovico se estremeció suavemente. Había descubierto algo muy dulce, muy halagador... Una ternura paralela a la que acababa de adivinar nació en su pecho. ¡Oh, la mirada serena, la clara y luminosa sonrisa de la joven bronceada!... ¡Si parecía que en el calabozo fulgurárase una iluminación eléctrica!...

Se sintieron pasos. La joven adoptó una actitud grave y salió de la tienda a tiempo que entraba en ella un guarda de la tribu.

El recién llegado hizo señas a Ludovico para que le siguiera. El joven obedeció. Atravesaron en silencio casi todo el campamento, y se detuvieron junto a una de las tiendas, donde le hicieron saber que se trataba de la mudanza de uno de los más importantes personajes de la tribu — un acaparador —, y que él, Ludovico, era el designado para realizarla.

El joven se indignó en principio, estuvo

BECHAMEL JUEGA A LAS DAMAS

Novela de aventuras, por Luis Manso.

RECOMENDADA POR EL JURADO DE NUESTRO CONCURSO DE NOVELAS HUMORÍSTICAS

Ilustraciones de Robledano

(CONTINUACIÓN)

a punto de negarse; pero dió un suspiro, y se dispuso a cumplir la orden. El, que por su descubrimiento de aquella mañana, estaba transportado de alegría, ¡qué le importaba transportar de muebles y enseres!



Al otro día, el prisionero esperó con impaciencia la llegada de la joven.

Entró ésta, y puso junto a Ludovico un solomillo de chacal, condimentado con berros marítimos.

El joven, en su emoción, besó el solomillo y la mordió una mano. Después, atrayéndola suavemente hacia sí,

— ¿Cómo te llamas? — le dijo.

— Kakumen — contestó —, que quiere decir *Raíz de lirio silvestre*.

— ¿Hablas español?... Entonces, ¿fuiste tú la que en la noche en que me presenté...?

Kakumen hizo un mohín ruboroso y contestó:

— Sí; en cuanto te vi, despertaste en mí gran simpatía, y así lo comenté conmigo, y en tu idioma, para que no sospechasen nada los míos... Aprendí el castellano porque estuve sirviendo en Arkansas con una familia española; pero me cansé, y un día escapé para volver a mi tribu... Y tú, ¿quién eres?

Ludovico le hizo una historia bastante fiel de su vida, omitiendo solamente lo que a Fanny hacía referencia.

La joven india oyó con gran interés la accidentada vida del prisionero, sintiendo crecer a cada momento la simpatía, interés y admiración que aquél la despertaba.

La entrevista se prolongaba e iba haciéndose más íntima, más arrulladora... De repente, Kakumen (*Raíz de lirio silvestre*) se estremeció y miró al pequeño ventanillo situado sobre sus cabezas... Se puso en pie, agitada, con gesto de temor...; y trémula, balbuciente, dijo con rapidez a Ludovico, atónito:

— ¡Creo... que nos han visto!... ¡Oh!... ¡Sería terrible!... Guárdame mucho... de Karacán (que significa *Colmillo de perro rabioso*); es mi prometido..., según mi padre...; pero ¡que se cree él eso!... Karacán no verá la vicaría conmigo... ¡Adiós..., amor mío! ¡Hasta mañana, o hasta pronto!...

— ¡Adiós, Kakumen, y que no te suceda ningún mal por mi causa! ¡Yo... también te amo!... ¡Hasta mañana; que descanses!...

Desapareció la joven, y Ludovico, en un estado de agitación difícil de describir, pasó la mayor parte de la noche dando

vueltas a sus pensamientos, más rojos que la piel de sus guardianes, más negros que las tinieblas que le envolvían...

¡Horas horribles las de aquella noche, en que a cada momento esperaba oír gritos angustiados de Kakumen, sometida a tormentos por sus bárbaros hermanos de tribu, enterados de su amor con un hombre pálido! Y a él, ¿qué le esperaba? ¡Tal vez su piel estaba destinada en aquellos momentos a resolver, en parte, la escasez de viviendas! ¿De qué tienda iría a formar parte de sus paredes?

Empezaba a amanecer. Una claridad completamente lívida se levantaba (era la hora del alba) en el horizonte.

Ludovico quiso contemplar aquella aurora, que tal vez fuese la última que se ofrecía a su mirada. Subió sobre el cráneo de vaca y se asomó al exiguo ventanillo. Miró a lo lejos, se pasó la mano por la frente y dió un suspiro. En aquel momento, una piedra arrojada con fuerza le dió en una ceja. El joven, después de pasarse una mano por el sitio lastimado, buscó con la vista el proyectil, y vió que venía envuelto en algo. Descendió de su observatorio y, movido de curiosidad, lo recogió del suelo. Desdobló la envoltura, y, ¡oh sorpresa!, en aquella hoja de coliflor sencilla aparecían unos caracteres casi caligráficos trazados con tinta sangrienta.

Ludovico leyó con avidez. Decía así:

«Adorado Ludo Vico. Lo saben todo; el jefe Kalomel-ka (*Sol de las praderas mojadadas*) quiere que te maten; como llo no kiero, te salvaré aunque me kueste la vida. A Dios; tulla asta el reino del Gran Mastodonte, *Kakumen*. — Estate preparado.»

El joven se quedó perplejo. Catorce mil setecientos pensamientos se confundían en su mente.

Preparado, ¿para qué? ¿Le matarían? Y aquella india hermosa, abnegada, ¿hasta dónde pensaba llegar? ¿Y Fanny? Y... Pero no; ¡para qué atormentarse más!... Procuraría dormir, sí, para tratar de buscar en la inconsciencia del sueño el olvido reparador.

Se acostó sobre el montón de paja, y pronto quedó sumido en un sueño agitado por absurdas pesadillas.

Se despertó cuando las estrellas esmaltaban todavía el firmamento. Oyó un grito agudo y extraño, al que respondía otro análogo y más lejano. Se asomó al ventanillo, y vió un guerrero a la puerta de la tienda-prisión; más allá, otro. Eran, sin duda, centinelas que le guardaban. Sintió un ruido siniestro, y prestó atención. Es-

taban afilando algunas armas, sin duda. El joven comprendió que su fin se acercaba. Tal vez a la mañana siguiente... Se tendió nuevamente. Cerca de él comenzó un ras ras sordo y continuado, como el que podría producir un roedor que atacase a un cuero...

Ludovico tenía puesta su mirada en el lugar de donde procedía el ruido. Vió de pronto que la piel que formaba la parte posterior de la tienda se rasgaba en una longitud aproximada de un metro, y que por aquella abertura asomaban la cabeza, busto y brazos de Kakumen, que llevaba una mano a la boca recomendando silencio y en la otra sostenía una navaja de afeitar.

— ¡Ven! — dijo ella haciendo insistentes señales de guardar silencio.

Ludovico obedeció.

Salieron de la tienda, y, arrastrándose, consiguieron alejarse del campamento unos doscientos metros. Ya iban a dejar atrás la última tienda, cuando un obstáculo — al parecer insuperable — se atravesaba en su fuga. Un centinela, el último del círculo de ellos que guardaban el poblado por las noches, estaba parado en medio del estrecho sendero. A poca distancia de él empezaba un precipicio, por cuyo fondo corría tranquilo un riacho. La pareja se escondió tras un árbol.

La situación era crítica; un movimiento, el menor descuido, llamaría la atención del centinela, y entonces podían considerarse perdidos.

Kakumen acercó su boca al oído de Ludovico, y muy quedo, muy quedo, le dijo:

— Mañana es el día señalado para tu muerte... y la mía... Este hombre, sólo éste..., impide nuestra salvación... ¿Te parece...?

Ludovico comprendió. La pareja salió silenciosa de su escondite, y muy cerca ya del guerrero piel roja, tomó impulso y lo lanzaron por el despeñadero. Se asomaron asustados de su obra... Su ex guardián botaba y rebotaba de saliente en saliente. El cuerpo cayó al fin en el agua; pero era tanta la velocidad, el impulso que llevaba, que no fué al fondo ni lo arrastró la corriente; pasó hasta la otra orilla, y allí quedó cara al cielo, como si quisiera enterarse de quién le había empujado.



Estamos en Rosbiff's House, la popular fonda, situada a mitad de camino entre las Montañas Roqueñas y la costa de Terranova. Es el alojamiento preferido por los muchos viajeros que frecuentan aquellos lugares.

En el momento de esta relación, la fonda está abandonada.

La atención de los huéspedes es atraída por una joven y extraña pareja, que parece vivir en continua luna de miel. Las razas roja y blanca pueden estar orgullosas al verse representadas por la hermosa dama y el apuesto galán, respectivamente.

El lector ya habrá comprendido que se trata de Kakumen y Ludovico.

Los dos jóvenes, en salvo ya del grave riesgo corrido, se habían detenido en el Rosbiff's House, tanto para saborear tranquilos su pasión, como para trazarse el plan futuro, futuro que se ofrecía bastante imperfecto.

Ludovico, no obstante las apariencias, había experimentado alguna variación en sus sentimientos. Una mirada sutil podría advertir un ligero desvío hacia su joven y bella salvadora. ¡Ah! ¿Era tal vez que, recobrado el verdadero ambiente, perdía su encanto la aventura agridulce iniciada en su cautiverio? ¿Era que, al sentirse más próximo a Fanny, volvía ésta a imperar en su corazón como única zarina? No podríamos asegurarlo; pero lo cierto era que de día en día declinaba en él aquella magnífica pasión, dulce como un bombón, vehemente cual la de un príncipe napolitano...

De los compañeros de hospedaje existían dos, siempre unidos, que observaban sin cesar a la linda pareja. Algunas veces habían intentado trabar amistad con Ludovico y Kakumen, sin lograr otra cosa que una conversación correcta, pero indiferente, por lo general, sobre espiritismo, tema obsesionante para los dos desconocidos.

Estos, sin desanimarse, no desaprovechaban ocasión para tratar de relacionarse con la pareja, estrellándose siempre contra la discreción y la indiferencia de Ludovico.

Cambiaron de táctica ante sus repeti-



dos fracasos, y en cuanta oportunidad se presentaba de hallar sola a la joven procuraron abordarla, no consiguiendo nada favorable para sus propósitos, puesto que aquélla los rechazó rotundamente; pero alcanzando, en cambio, el convertirse de observadores en observados, ya que desde entonces Kakumen cobró hacia ellos desconfianza y antipatía, y se propuso, con esa admirable intuición femenina, vigilarlos constantemente.

Los acontecimientos le dieron la razón bien pronto.

Una noche en que Ludovico, ligeramente indispuerto, había solicitado de su amante una taza de té, salió ésta del cuarto con dirección al comedor para cumplir el encargo, cuando, al pasar frente a la puerta del salón de fumar, distinguió a los dos hombres sentados junto a una ventana y hablando misteriosamente.

Le asaltó y se apoderó de ella un grave presentimiento. ¡Aquellos hombres, aquellos miserables, tramaban algo malo contra su Ludovico! Encargó el té, y después, sin ser vista, se deslizó por una escalera de servicio y salió al jardín. Se acercó con cautela al ventanal, donde se destacaba la sombra de los dos hombres, y valiéndose de una sortija con diamante — regalo de Ludovico —, cortó un trozo de cristal de tamaño suficiente para poder aplicar el oído. Un momento más, y hubiera perdido el principio de la interesante conversación.

— Entonces — decía uno de ellos —, ¿estás seguro de que es Bechamel?

— Completamente seguro. El que robó el collar y los pendientes a la duquesa.

— Y ¿qué haremos?

— Lo mejor será que mañana mismo le detengamos.

— Y ¿por qué no ahora? No hay que perder la oportunidad de ganarnos los tres mil dólares ofrecidos...

— No; esta noche sería peligroso. Mejor mañana, cuando puedan acompañarnos algunos guardas. Bechamel es hombre de cuidado.

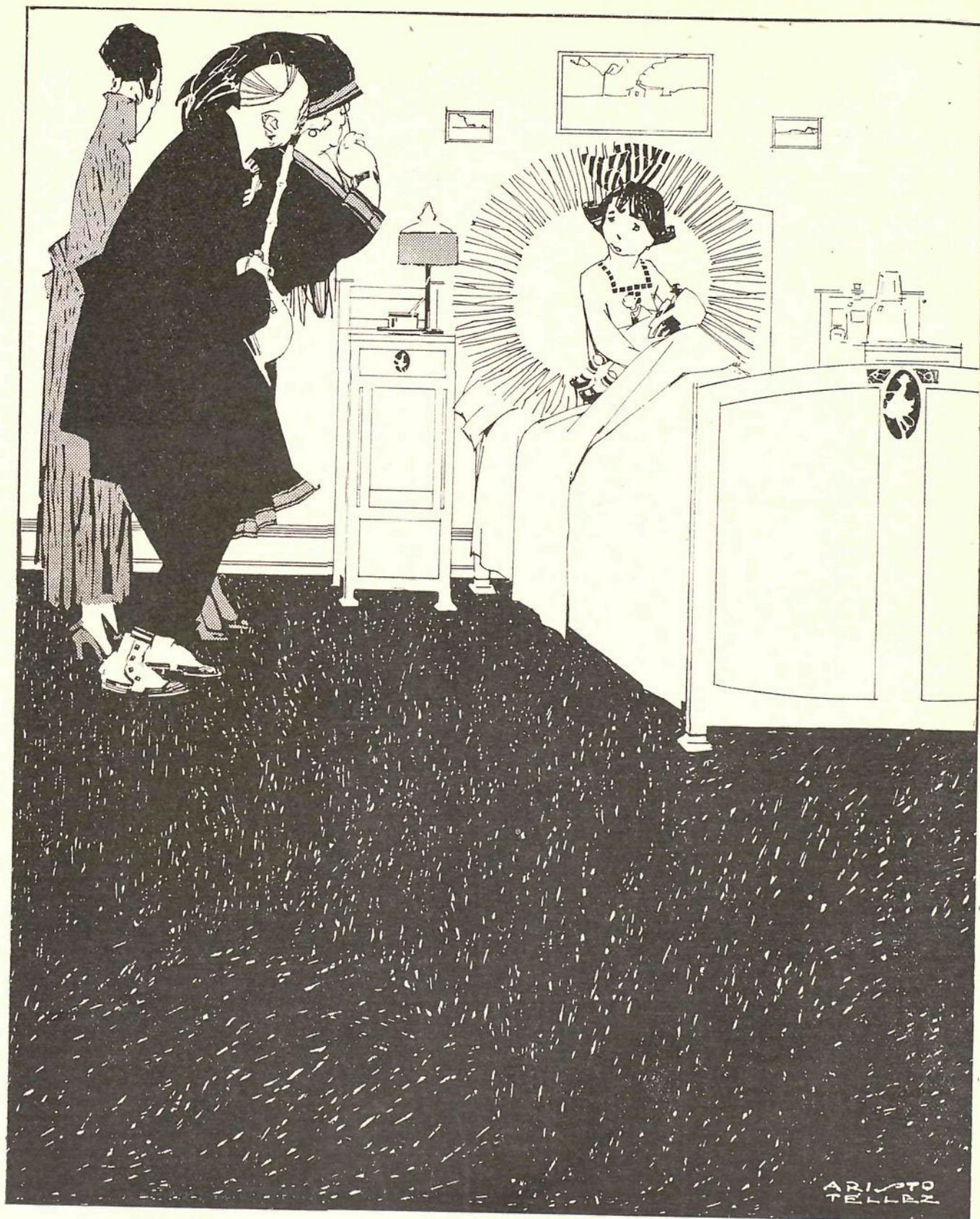
Algo más hablaron los dos hombres, sin relación con nuestro protagonista, y uno de ellos, que había bostezado varias veces durante la conversación, propuso retirarse a descansar.

Kakumen, después de haber escuchado con la zozobra y pesar consiguientes, al oír que los hombres se disponían a retirarse, volvió rápidamente por el camino que había traído.

Iba desconsolada, convulsa, jadeante... La desesperación se reflejaba en su semblante con la nitidez del cisne en las aguas del claro estanque donde boga...

Al pasar junto a las habitaciones de aquellos infames, se detuvo. Una idea había brotado por generación espontánea en su cerebro; había brotado, se había desarrollado y adquirido tales proporciones — todo en menos tiempo del que se emplea para andar en un tranvía de Madrid dos metros cincuenta —, que comprendió que, de no ponerla en práctica, su razón peligraba.

(Se continuará.)



— ¿.....?

— Sí; de París, como a la señora del principal.

Dib. TELLÉZ. — Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

HUMORISTAS CONTEMPORÁNEOS

AUBREY BEARDSLEY

Una vida fugaz y una huella perdurable. Esto es lo que sugiere el nombre de Aubrey Beardsley, que tantas veces asoma en los labios y en las glosas críticas frente al arte de algunos modernos dibujantes. Desde las postrimerías del siglo XIX, ese arte va a fijar su influencia de ironía, de espiritual decadencia, de refinamiento intelectual y sutilísima depuración lineal de un modo innegable.

Y, sin embargo, su existencia breve, enfermiza, no parecía destinada a esa misión renovadora del arte editorial de su época, dentro de las excelencias propias que en Inglaterra ya tenía ese arte.

Alberico Beardsley muere en Menton el año 1898. Había nacido veintiséis años antes, en 1872, en Brighton.

«Tenía — dice Arturo Symons — la rapidez fatal de los que han de morir jóvenes; esa inquieta perfección, esa amplia sabiduría, esa absorción de una vida en una hora que hallamos en los que se apresuran a terminar su obra antes de mediodía, porque no habrán de ver la tarde.»

Efectivamente. A los catorce años ya dibujaba programas teatrales y hacía ilustraciones de obras literarias; a los veinte frecuentaba la amistad de los hombres más ilustres de su tiempo, y un mes antes de morir, exangüe, sin fuerzas, postrado en el lecho, dibujaba con una febril prisa de inmortalidad las bellas capitulares de *Volpone*.

Se ha dicho que el arte de Beardsley es un arte malsano. Podrá ser; pero nunca tanto vigor junto a tan lánguida tristeza; jamás tanta perfección factual para expresar ideas supersensibles, y rara vez un hombre enfermo habrá llegado a fijar de modo incommovible una obra de semejante solidez.

Dominaba por igual sus nervios y su cerebro. Sentenciado desde la niñez a muerte próxima, no sabemos si Beardsley la atrajo más pronto hacia él o si la supo contener.

Dotado de tan extraña sensibilidad, que era como si su alma se le desbordara sobre el cuerpo, preservándole de los contactos exteriores, el gran dibujante inglés amaba la música, la pintura y la literatura con un amor que le redimía, le olvidaba de sus miserias físicas.

Estas tres artes eran los re-

fugios para su sed de amor, de belleza y de bondad. No se le conocieron amistades íntimas; en su historia no hay un nombre de mujer. Sólo en la sombra, como una de sus singulares siluetas femeninas enlutadas, se adivina la otra sombra de la madre dolorida que había de poner un rosario en sus manos cuando empezaran a crisparse para la absoluta inmovilidad.



Así como Aubrey Beardsley ejerce innegable influencia en el dibujo contemporáneo, también encontramos en el suyo la influencia de otros artistas anteriores o contemporáneos suyos. La perfección decorativosimbólica de muchos dibujos de Beardsley recuerda la de Walter Crane; el depurado esteticismo, el idealista culto de la armonía que hay en otras obras suyas, hacen pensar en los prerrafaelistas Burne Jones y William Morris; es sensual y perverso a veces como Feliciano Rops; señoril, galante yuntuoso como los maestros franceses del siglo XVIII, y se acerca, con los estampistas japoneses, a las más



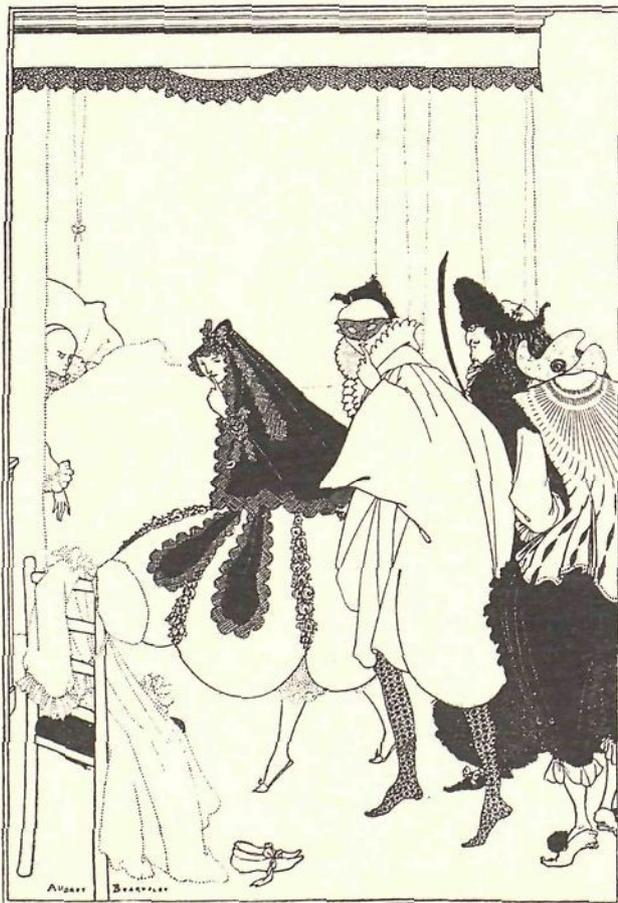
Aubrey Beardsley.

hábilés, purísimas y caprichosas estilizaciones.

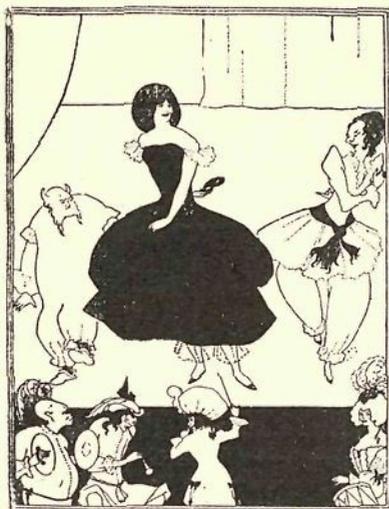
De aquí, de este conjunto de influencias sabiamente tamizadas a través de un temperamento sensible y sensitivo, de una técnica expresiva y de una riqueza de imaginación inagotable, surge la excelencia de su obra.

A veces, dentro de una misma trayectoria ideológica, como, por ejemplo, *La muerte d'Arthur*, encontramos claros y delimitados diversos estilos y escuelas diferentes; a veces, como en las ilustraciones de la *Salomé* de Oscar Wilde, da la sensación angustiadora de una sensual morbosidad, y casi inmediatamente, en *La balada III*, de Chopin, se espiritualiza hasta el más agudo de los romanticismos, o se complace, como en los dieciochocentismos de *La boucle enlevée* o de *The Savoy*, en expresar frivolidades sonrientes con una elegancia recargada y complicada de líneas y arabescos.

La languidez romántica, la sensualidad enardecida, la ironía cruel. Estos son los tres aspectos psicológicos de su arte. Los dos últimos desquites también de su vida truncada, argollada de prohibiciones como un presidiario de cadenas. En cuanto al primer aspecto — tan noble —, era ingénilo en él. Aunque hubiera podido disfrutar de su juventud, aunque no se vengara cerebralmente de sus miserias corporales, en los dibujos agresivamente sarcásticos



La muerte de Pierrot.



Danza de marionetas.

siempre tendría Beardsley el fulgor de un idealismo, la instintiva repulsión por lo vulgar y cotidiano.

Si sentía, como él mismo dice, «esa invitación de la belleza que nunca puede ser comprendida por completo, ni siquiera saboreada hasta el fin», era también un hombre normal.

En cierta ocasión que alguien le preguntara si padecía alucinaciones, se encojió de hombros desdeñosamente y contestó:

— No. Sólo me permito verlas sobre el papel.

¡Y qué alucinaciones! Arturo Symons las describe así:

«Es un mundo de fantasmas en los que el deseo del infinito, el deseo de la perfección de las sensaciones mortales, ha sobrepasado los límites humanos y los columpia débiles, temblorosos, apasionados por la fuga, en una inmovilidad ardiente y sin esperanza. Tienen la sensibilidad del espíritu y la del cuerpo que abrasa su sangre y los aprisiona en la actitud de una lujuriosa meditación.»

Además de *Salomé*, de *La muerte de Arturo* — tal vez su obra fundamental —, de las glosas gráficas a los poemas satíricos de Pope, deben citarse sus ilustraciones de *The Yellow Book*, de *Volpone*, *Mademoiselle de Maupin*, de los cuentos de Edgardo Poe, de *The rape of the lock*, de *Lysistrata*, de *Les bons mots* y los bocetos de aquel cuadro *Callitos*, que no había de pintar nunca...



Finalmente, Alberico Beardsley era también un escritor. No es difícil adivinarlo en sus dibujos. Tal vez los que le reprocharon que fuesen demasiado literarios hacían el mejor elogio del artista.

Un trabajo tan pródigo y constante en una vida tan breve no consintió desarrollarse con relativa amplitud las facultades literarias de Beardsley.

Acaso toda su obra en este sentido se

refiera a los fragmentos — en prosa — de *Sobre la colina* y — en verso — del poema *Los tres músicos*, reproducidos en *Savoy* y *El Libro Amarillo*, y el *Epistolario a un amigo*, publicado seis años después de su muerte.

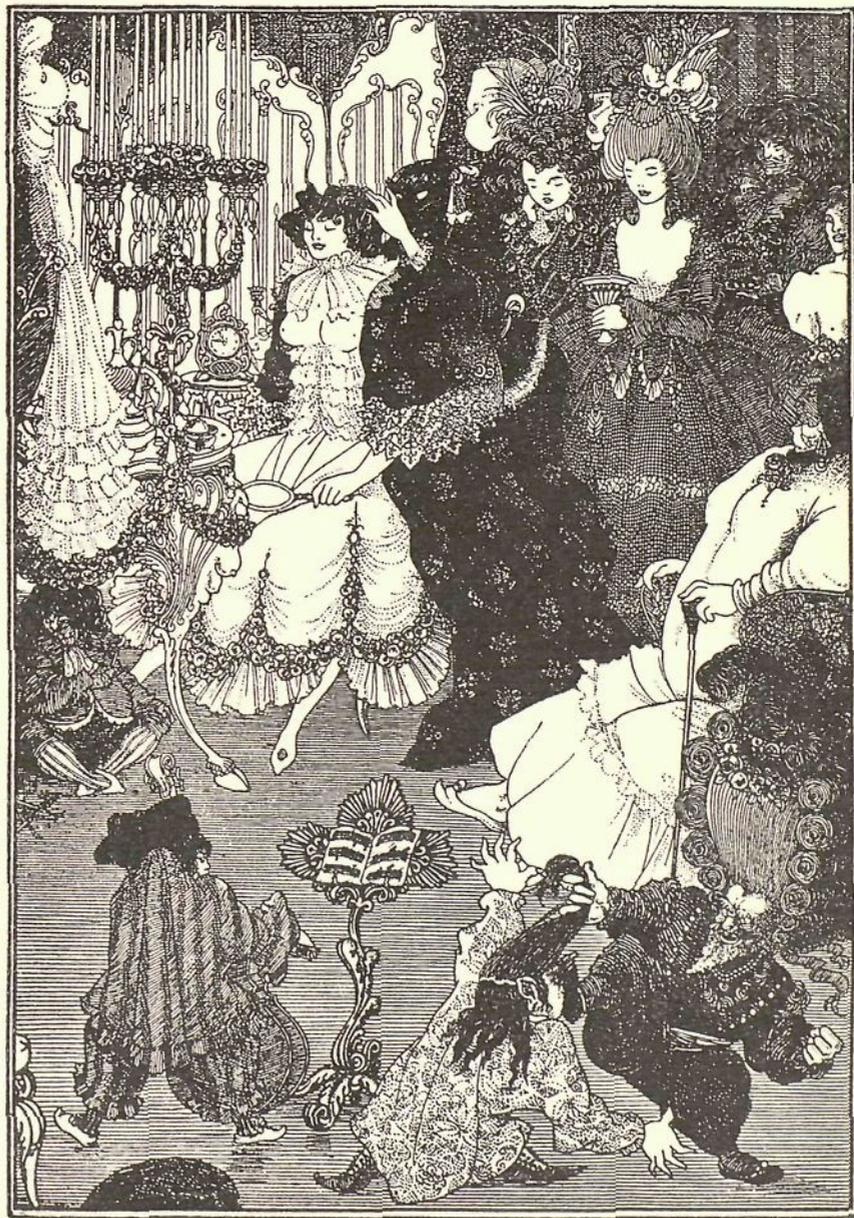
Sobre la colina era una variante de la leyenda de *Venus y Tannhauser*, donde el estilo tenía la misma exuberancia complicada y distinguida de sus dibujos. *Los tres músicos* es inferior literariamente a *Sobre la colina*; pero informa a este poema el apasionamiento que sentía el artista por Wagner.

Pero la obra más representativa, más totalizada, es el conjunto de cartas al amigo desconocido. Quizás este amigo

no existió nunca, y esas cartas no fueran sino hojas de un diario íntimo. Lo cierto es que nada tan encantador y doloroso como ese libro, donde el alma de Beardsley se muestra desnuda e indefensa.

No hay la más pequeña ocultación, la menor coquetería cobarde ante el dolor. Toda la historia espiritual del gran dibujante surge clara y conmovedora, desde sus audacias estéticas a sus flaquezas sentimentales; desde los impulsos de rebeldía a la exaltación de humildad y amargura que en 1897, un año antes de su muerte, le impulsara a profesar la fe católica durante su estancia en Bournemouth.

José FRANCÉS.



La toaleta de Elena.

DEL BUEN HUMOR AJENO

SERAFÍN PELICÁN, por Héctor de Callias.

Sus ambiciones habían sido nobles; sin embargo, sus tragedias, que no se adaptaban precisamente al gusto contemporáneo, si no rechazadas abiertamente, habían pasado inadvertidas, a pesar de que había intentado modernizar alguno de sus personajes esenciales.

Por ejemplo: al principio de una de sus más importantes obras, titulada *Yriazarte*, se encontraba así la indicación de papeles:

«CABRETUCHE, soberano de Hircania.

»REGROUSSISS, su visir.

»TORTIGRU, conspirador vulgar.»

Y como no tenía otra profesión que la de escritor inédito, linda ocupación para morir de hambre, tuvo que llegar forzosamente a oficios que, aunque reputados como secundarios, no son por eso menos honorables.

Fué sucesivamente, gracias a su elevada estatura, pata posterior de un elefante blanco del rey de Siam, pieza de artillería monstruo del gran turco en el estrecho de los Dardanelos.

Vivía, o malvivía, más bien.

Pero un día su vocación se reveló. Su estómago experimentó calambres insostenibles. Las euménides se habían alojado en su intestino. Se le cuidó. Padecía una tenia, ese gusano que está dotado de tan mal carácter, o sufre tantos remordimientos, que le es imposible encontrarse solo.

Serafín Pelicán — hemos dicho que éste era su nombre — la expulsó, como era su deber, por medios que, si no eran de una rigurosa delicadeza desde el punto de vista de la hospitalidad, eran la última palabra de la ciencia y de la higiene.

En seguida pensó que, a pesar de la penuria de sus medios pecuniarios, había estado forzado a alimentar a este parásito insaciable, y podría muy bien ahora a su vez utilizarlo para sus necesidades personales.

Entonces vino una idea genial al cerebro de Serafín Pelicán.

— ¡Si yo abusara de él como él ha abusado de mí!...

Y por medio de una voluntad suprema durante la

operación, conservó dentro la cabeza con mucho cuidado.

Desde entonces vivió tranquilamente a expensas de su tenia. La explotó.

Cada día vende cuarenta metros setenta — autenticidad garantizada — a los farmacéuticos de París.

A. R. H.



"CONFORT" MODERNO, por Félix Galipaux.

— ¿Qué le decía de mí, hace un momento, el dueño del hotel del Caballo Blanco?

— Que es usted un mal huésped.

— Sí, sí... Pero si yo soy mal huésped, él es un mal hostelero.

— Yo creo que lo dice porque no va usted a parar a su casa.

— ¡Cómo voy a ir a ella, después de la historia del año pasado!

— ¿Qué historia?

— ¡No se la he contado?

— No.

— Pues bien: es preciso que la conozca usted. Bien merece la pena. Figúrese que en el verano pasado llegué a esta población por la primera vez en mi vida. Por consiguiente, y según es mi costumbre en semejantes casos, consulté la guía para elegir el hotel donde instalarme. Escogí el hotel del Caballo Blanco, en vista de las muchas ventajas que ofrecía: ascensor, teléfono, calefacción, electricidad. La calefacción me tenía sin cuidado, pues estábamos en julio; pero dos cosas había que siempre hubieran motivado mi elección, pues me son casi indispensables: el ascensor y la electricidad. Llegué al hotel, tomé la habita-

ción y salí del establecimiento para no volver a él hasta la salida del teatro, después de la función de la noche. Y entonces fué cuando comenzó verdaderamente el espectáculo. Al llegar, un camarero me entregó una palmatoria con la llave del cuarto.

— ¿Para qué esta palmatoria — pregunté —, habiendo luz eléctrica?

— Desde la una de la madrugada no la hay, señor.

— Bueno. ¿Qué fuerza tienen las bombillas de cada cuarto?

— Diez y seis bujías.

— Está bien. Me van ustedes a dar, por tanto, diez y seis velas con sus diez y seis palmatorias.

— ¿Cómo?...

— Tengo derecho a tener luz de diez y seis bujías. Dádmela, pues.

— Pero, señor, los otros huéspedes...

— No me ocupo de los demás. Déme lo que pido inmediatamente, o voy a dar parte al comisario de Policía.

«El camarero, turbado, me entregó ocho velas encendidas (no me era posible llevar más a un tiempo), y se dispuso a acompañarme a mi habitación, siendo portador de otros ocho candeleros.

— ¿Dónde está el ascensor? — pregunté.

— Señor, después de las doce no funciona.

— ¡Está bien! Pues va usted a subirme hasta mi cuarto.

— ¿Eh?...

— Tengo derecho a usar el ascensor. He escogido este hotel porque lo tenía. Y como yo no puedo subir andando hasta el quinto piso, donde me han colocado, me tendrá que subir a cuestras...

— Pero, señor...

— O de otro modo iré inmediatamente a ver al comisario de Policía. Le concedo el derecho a descansar un momento en cada descansillo.

«El camarero, cada vez más aturdido, se encorvó. Me monté a horcajadas sobre él, y así subimos los cinco pisos del hotel él, yo y las diez y seis velas encendidas, con sus palmatorias. Pero al día siguiente, al pedir la cuenta, aconsejé al dueño de la fonda borrarse de sus anuncios estas dos palabras engañosas: «Confort» moderno.



ALICIA. — ¿Crees tú realmente que el traje hace al hombre?

VIRGINIA. — Desde luego que no; más bien la marca del auto que guía.

(De Life. — Nueva York.)

C.

CONCURSO DE CUENTOS HUMORÍSTICOS

Terminado el plazo de admisión de originales el día 15 del corriente, a las seis de la tarde, publicamos a continuación la lista de los lemas recibidos y que, por ajustarse a las bases anunciadas, han sido admitidos a concurso:

- | | | | |
|--|---|--|---|
| Núm. 1. — Génesis. | Núm. 40. — Rodama. | Núm. 75. — ¡Yo soy don Juan! | Núm. 112. — ¡Menudo betún le dieron! |
| Núm. 2. — Pentápolis. | Núm. 41. — Luzbel. | Núm. 76. — Molière. | Núm. 113. — Sakia-muni. |
| Núm. 3. — Todo es y no es. | Núm. 42. — Cloruro de sodio. | Núm. 77. — Inquietud. | Núm. 114. — Daubenton. |
| Núm. 4. — Feralga. | Núm. 43. — <i>Orias domine.</i> | Núm. 78. — Arco iris. | Núm. 115. — <i>Aut cæsar, aut nihil.</i> |
| Núm. 5. — ¡Váyase a paseo! | Núm. 44. — <i>Veni vidi.</i> | Núm. 79. — Honolulu. | Núm. 116. — Descalzos, o medias de seda. |
| Núm. 6. — Virtud. | Núm. 45. — Naklin. | Núm. 80. — Villaviciosa. | Núm. 117. — Guillermo emperador. |
| Núm. 7. — Horario. | Núm. 46. — Misterio. | Núm. 81. — Ni son todos los que es-tán... | Núm. 118. — Rubán. |
| Núm. 8. — <i>Me, me adsum qui fecit.</i> | Núm. 47. — Pega, pero escucha. | Núm. 82. — En campo de gules. | Núm. 119. — Anatol. |
| Núm. 9. — Ella y yo. | Núm. 48. — Los nuevos ricos. | Núm. 83. — Actuario. | Núm. 120. — Esmerado. |
| Núm. 10. — Loló. | Núm. 49. — De mi tierra. | Núm. 84. — Troika. | Núm. 121. — Snobismo. |
| Núm. 11. — Manu-tuki. | Núm. 50. — Lo cursi. | Núm. 85. — Una novela de Quevedo. | Núm. 122. — Por si a caso. |
| Núm. 12. — Yo soy. | Núm. 51. — Amalia. | Núm. 86. — Descartes. | Núm. 123. — <i>Et eritis sicut dii.</i> |
| Núm. 13. — Sueños sop. | Núm. 52. — ¡A ver qué pasa! | Núm. 87. — El Porito. | Núm. 124. — ¿Quién sabe dó va? |
| Núm. 14. — Abracadabra. | Núm. 53. — Chelo chelín. | Núm. 88. — Halley. | Núm. 125. — Ultra. |
| Núm. 15. — Te veo y no te veo. | Núm. 54. — Pinocho. | Núm. 89. — ¡Vaya una maquina! | Núm. 126. — Madriles. |
| Núm. 16. — Paletos. | Núm. 55. — Muy sabrosito. | Núm. 90. — <i>Andra moi énepe.</i> | Núm. 127. — <i>Yo be or noi to be.</i> |
| Núm. 17. — Juventud. | Núm. 56. — C. B. de O. | Núm. 91. — Silverio Lanza. | Núm. 128. — Artimón. |
| Núm. 18. — Claveles. | Núm. 57. — Enseñar al que no sabe. | Núm. 92. — Mayor, Jordán, Sala-manca. | Núm. 129. — Raquel. |
| Núm. 19. — Frou-frou. | Núm. 58. — Apañado y sin novia. | Núm. 93. — A ver si cuela. | Núm. 130. — Alla va la nave. |
| Núm. 20. — Ironía. | Núm. 59. — Libertad de pensamiento. | Núm. 94. — Aprobado. | Núm. 131. — <i>Ursus arctos.</i> |
| Núm. 21. — La aldea perdida. | Núm. 60. — Ahí va eso. | Núm. 95. — ... y el chocolate espeso. | Núm. 132. — Juvenal. |
| Núm. 22. — ¡Jiguero. | Núm. 61. — El que la sigue... | Núm. 96. — Marqués O. | Núm. 133. — Piel roja. |
| Núm. 23. — En la Comisaría. | Núm. 62. — <i>Ab uno disce omnes.</i> | Núm. 97. — Bolemes. | Núm. 134. — Última hora. |
| Núm. 24. — Experimental. | Núm. 63. — Yo lloro la ingratitud de mis musas. | Núm. 98. — Patiño. | Núm. 135. — Argucias. |
| Núm. 25. — Alcornoque en el desierto. | Núm. 64. — Sibila. | Núm. 99. — Yelmo de Mambrino. | Núm. 136. — ¡Ay tú tía! |
| Núm. 26. — Legionario. | Núm. 65. — La esfinge de Momo. | Núm. 100. — Marte. | Núm. 137. — ¡Ya lo sé! |
| Núm. 27. — Los dos amigos. | Núm. 66. — Cuento de concurso. | Núm. 101. — Arte. | Núm. 138. — Pedro Ponce. |
| Núm. 28. — Tordesta. | Núm. 67. — Uno y uno son dos. | Núm. 102. — ¡Fiat! | Núm. 139. — Ruiseñor. |
| Núm. 29. — Tony Reid. | Núm. 68. — Mark Twain. | Núm. 103. — La fe te salve. | Núm. 140. — ¡Arre! |
| Núm. 30. — Amagan. | Núm. 69. — Cisco. | Núm. 104. — Madrid es el pueblo más hermoso de Europa. | Núm. 141. — Tequendama. |
| Núm. 31. — Elboracense. | Núm. 70. — Sin lema. | Núm. 105. — Bedepé. | Núm. 142. — Las apariencias enga-ñan. |
| Núm. 32. — Liboritano. | Núm. 71. — ¡Cómo está la socie-dad!... | Núm. 106. — ¡Viva Millán Astray! | Núm. 143. — <i>Ab imo pectore.</i> |
| Núm. 33. — <i>Ars amandi.</i> | Núm. 72. — Vorrei. | Núm. 107. — San Roque. | Núm. 144. — Esmeralda. |
| Núm. 34. — Irresponsable. | Núm. 73. — Nada prende tan pronto de unas almas en otras como esta simpatía de la risa. | Núm. 108. — Zapatero, a tus zapatos. | Núm. 145. — Muzan et Modena. |
| Núm. 35. — Uno de tantos. | Núm. 74. — <i>Perditio hominis cabare-tum est.</i> | Núm. 109. — Reir es salud. | Núm. 146. — Un espejo paseado a lo largo de una siesta. |
| Núm. 36. — Chimo B. | | Núm. 110. — Hispania. | Núm. 147. — Uno de «Los 40». |
| Núm. 37. — Franklin. | | Núm. 111. — Tauro. | Núm. 148. — Sangre y arena. |
| Núm. 38. — ¡Agua que no has de ber-ber!... | | | |
| Núm. 39. — Celamen. | | | |

Con toda actividad procederemos a su lectura, y en breve publicaremos el fallo del Jurado.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

Apartado 12.142

MADRID

Narciso. Santander. — Es usted más tonto que un puro de brea. A ninguno de Santander se le ocurriría mandar este ma drígalito:

«Hermosa mía, toma esta pura flor y colócala en tu moño tentador. No temas que la andaluza peineta tenga celos de la flor de tu poeta. Y cuando se marchite la pobre, no la tires, sino guárdala bien en tu libro de misa y en un sobre, y todo guárdalo en tu seno, que es un Edén.»

E. G. G. Madrid. — Vale poco, y ¡quiere ser tan parecido al ¡Yo quiero ser cómico!, de Larra!...

J. S. M. Badajoz. — Será mejor que se dedique usted a otra cosa.

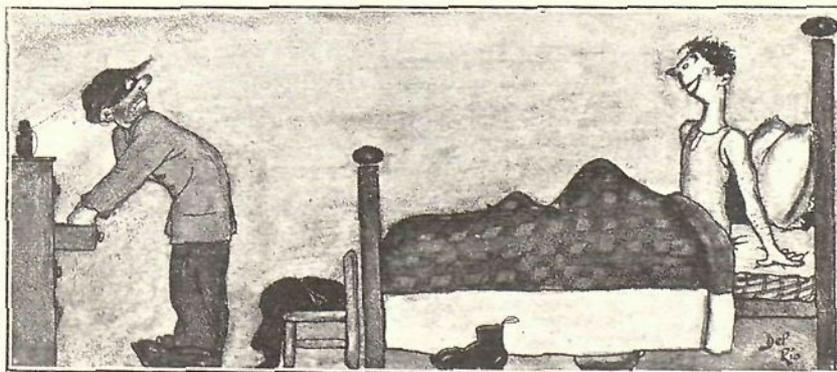
Pepe Pérez y Pérez. Madrid. — No sirve. Un Provinciano. Alcalá la Real. — Esa aventura o una casi igual le ha ocurrido a

todo el mundo, por lo visto, según los cuentistas contemporáneos.

No-lo-to-mo. — ¡Cómo se conoce que se acuesta usted a las ocho!

T. de M. B. Sevilla. — ¡No, hombre, no! Eso no es modernista ni futurista. Es tonto nada más.

Artagús. — Con otra cosa puede ser que



— ¿Qué busca usted ahí?
— Dinero.
— ¡Hombre!... Espere que me vista, y buscaremos juntos.

Dib. DEL RÍO. — Barcelona.

le atendamos, *compañero*. Con esta, no; ¡es tan floja!...

A. N. Palma de Mallorca. - Recibimos sus *Anécdotas de grandes hombres*, que, como indica la muestra, son impublicables:

«Sinforiano García, ex ministro y concejal, se disgustó con su tía porque no quiso un día en la calle de Pavia comprarle una destreal.

»Casimiro Chalequin era más malo que bueno delante de un faquín; y su padre, Chicherín, en las orillas del Rín comió dos kilos de heno.»

Esté usted *seguro* de que por eso hay derecho a exigirle *responsabilidad civil*.

E. F. Madrid. - Tiene algunos detalles felices y en general promete cosas mejores.

J. S. M. - Se mete usted a comentar el *Tenorio* con muy poca gracia, y ni siquiera escribe usted bien el verso.

Concurso de pasatiempos del mes de octubre. ==

Las soluciones a los pasatiempos publicados durante el mes de octubre, son las siguientes:

1. *Conclave*. - 2. *Papanatas*. - 3. *Sin pies ni cabeza*. - 4. *Mamerto*. - 5. *Crisantemos*. - 6. *A diestro y siniestro*. - 7. *Desengaño, 12, esquina Barco*. - 8. *Abada, 12, sótano*. - 9. *Tres Peces, 100, letra C. No hay ascensor*. - 10. *Colón...*, *Colón, 34*. - 11. *Santa Engracia, 69, sotabanco*. - 12. *Primavera, 6, bajo centro*. - 13. *Camafeo*. - 14. *Llamar a Cachano con dos tejas*. - 15. *Preguntas de pega*. - 16. *Palmatoria*. - 17. *Trapatiesta*. - 18. *Colarse de rondón*. - 19. *Marquesa venida a menos cede abono simón*. - 20. *Pollo bien solicita alcoa jamona metida en carnes*. - 21. *Viejo buena posición protegerá pianista*. - 22. *Dios te salve, Maria, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu*

Regale usted a su novia
JOVEN 99 couplets de éxito por 2,50 pesetas
 Giro postal o sellos

El cuaderno LUISITA ESTESO contiene los cuplés *La canción de Cyrano, El sacrificio, La falda corta, La Ciríaca, La suerte de Margot, Mi rayito de sol, Así la vi pasar, El castillo de Quirós, Canto arriero, Mi hombre, Amor japonés, Versallesca y Soldado español*.

Pedidos: LA CANCIÓN POPULAR, Fuencarral, 13, Madrid.

vientre. Jesús. - 23. *No hay nada nuevo bajo el Sol*.

Examinadas las catorce mil doscientas treinta y dos soluciones recibidas, han resultado exactas las de los cuarenta y ocho *perdetiempistas* cuyos nombres, domicilios y puntos de residencia publicamos a continuación:

- Enrique Aparicio. Princesa, 6, Madrid. - *¡Qué noche, válgame el cielo!*
 - *¿Va usted a colocarnos el Tenorio?*
 - *No; es que mi mujer no deja de toser.*
 - *¡Claro! ¡No tomará Jarabe Orive!*...

 drid. - Mariano Lanzarote. Libertad, 14, Madrid. - Javier Mendiguchía. Los Madrazo, 18, Madrid. - Luis Gómez Méndez. Luisa Fernanda, 15, Madrid. - Manuel Hervás. Madrid. - Jacobo Guijarro. Prado, 10, Madrid. - Carmen Domín-

- guez. V. Chávarri, 20, Portugalete. - Acacio López. Cardenal Cisneros, 70, Madrid. - Santos Varela. Bilbao. - Manuel Arias. Arrieta, 11, Madrid. - L. B. Prendes. Serrano, 25, Madrid. - María Teresa de Otadúy. Portugalete. - F. Arias Besada. Blasco de Garay, 67, Madrid. - José García de la Sota. Portugalete. - José Montesinos. Madrid. - José Rodríguez Ortiz. General Castaños, 15, Portugalete. - Luis González Alegria. Portugalete. - Clemente Rodríguez. Pizarro, 22, Madrid. - Francisco Barbarroja. Martín de los Heros, 81, Madrid. - Francisco López. Príncipe, 22, Madrid. - Cristóbal Peña. Alcalá de Henares (Madrid). - Juan Garmendía. Portugalete. - F. López Bravo. Toledo. - Alfredo Jiménez. Toledo. - Eduardo Sáenz. Toledo. - José González. Toledo. - José Alcántara. Toledo. - Antonio Alvarez García Prieto. Velázquez, 67, Madrid. - Concha Rodríguez. Santander. - M. A. Martos. Marqués del Duero, 3, Madrid. - Luis Maura. Velázquez, 67, Madrid. - Enrique Adame. Madrid. - Maruja Lunas. Paseo de Recoletos, 14, Madrid. - José Soroa. Conde de Xiquena, 8, Madrid. - Adelita Peyrona. San Sebastián. - Alberto Peyrona. Serrano, 36, Madrid. - Emilio Alvarez. Factor, 16, Madrid. - Concepción Flecha. Hermosilla, 11, Madrid. - Rafael Gómez. Sandoval, 23, Madrid. - Carmen Martín. Conde de Aranda, 18, Madrid. - Alberto Martín Ferreras. Paz, 10, Madrid. - Alejandro Salcedo. Espíritu Santo, 35, Madrid. - Andrés Miguel. Portugalete. - María Oñate de Pineda. Castellana, 9, Madrid. - Pedro Sánchez Castro. Claudio Coello, 44, Madrid. - Raimundo Martín. Blasco de Garay, 32, Madrid. - Celedonio García Brieva. Nador. - Julio Mos. Madrid.

Aunque el sorteo se ha celebrado públicamente en nuestra Administración el martes 21, no podemos, por la anticipación con que ha de entrar este pliego en máquina, dar en este número los nombres de los agraciados con los premios. En el próximo cumpliremos este requisito.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. - MADRID

Inmenso SURTIDO
 EN JOYERIA RELOJERIA Y PLATERIA:
PRECIOS DE FABRICA
 Daniel Inclán
 MONTERA 23 + BOLIVAR 23
 MADRID MEXICO

No se devuelven los originales, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará esta sección para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

Estamos preparando las tapas para la encuadernación de los dos primeros semestres de BUEN HUMOR. Oportunamente anunciaremos la fecha en que se pondrán a la venta.

Prohibida la reproducción de los originales publicados en nuestro semanario, sin citar su procedencia.

LOS VENDE ALQUILA REPARA CUIDA MOSTOLES (ABESTREROS, 5) TEL. M. 2962

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Empezará el primero de cada mes.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

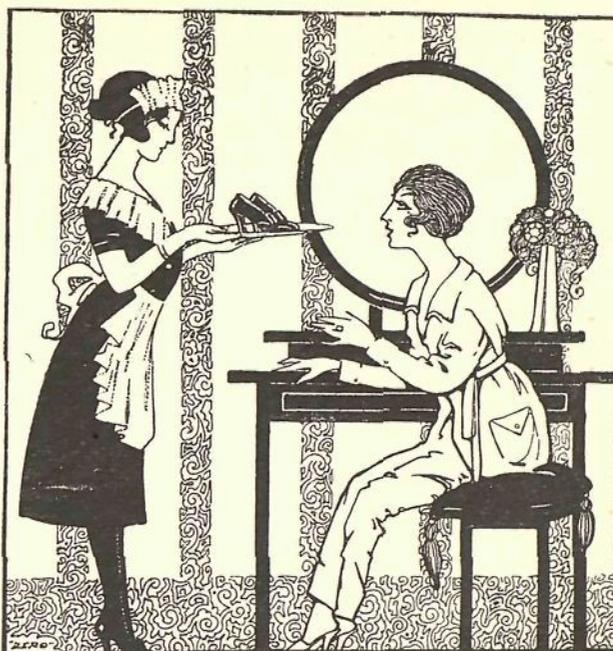
Trimestre.....	12,40 pesetas.
Semestre.....	16,50 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:
PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS. SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.

Loción Belleza Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Las personas de rostro envejecido o con arrugas, manchas, pecas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc., a las veinticuatro horas de usarla la bendicen. Las señoras que la usan, nunca tendrán vello.

Es el ideal. **Rhum Belleza** Fuera canas. A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.



CREMAS BELLEZA (Blanca y rosada.) (Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

TINTURAS WINTER marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño oscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

Polvos Belleza Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

DE VENTA en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.
FABRICANTES: Argenté, Costa y Comp. — BADALONA (España).

BUEN HUMOR



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ. — Málaga.

EL ARTISTA. — Cuidado con esos cuadros que no están secos todavía.
EL MOZO. — No importa; tengo puesta la chaqueta vieja.